

el proletario

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO: la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del "socialismo en un solo país" y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia — el partido de clase —, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiquero personal y electoral, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimentismo o aventurerismo "lucharmatista"; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

N° 20
Julio 2020

Precio: Europa: 1'5 €; 3CHF ;
1'5£ América del Norte: US \$ 2
América Latina: US \$ 1'5

CLASES MEDIAS

«En la misma proporción en que se desarrolla la *burguesía*, es decir, el capital, se desarrolla también el proletariado, la clase de los trabajadores modernos que viven solo en la medida en que encuentran trabajo, y que encuentran trabajo sólo mientras su trabajo alimenta e incrementa el capital. Estos trabajadores, que se ven obligados a venderse por minutos, son una mercancía como cualquier otro artículo comercial, y por lo tanto están expuestos, como otras mercancías, a todos los altibajos de la competencia, a todas las fluctuaciones del mercado. (...) De todas las clases que hoy en día se oponen a la burguesía, sólo el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria. Las otras clases decaen y se declinan con la gran industria; el proletariado es su producto más específico». Estas palabras provienen del Manifiesto del Partido Comunista de Marx-Engels, en el capítulo «Burgueses y Proletarios»; eran válidas entonces, son válidas hoy y serán válidas hasta que la revolución proletaria derribe definitivamente no sólo el poder político burgués, sino también la estructura económica capitalista, iniciando a toda la sociedad a la formación de la sociedad sin clases, a la sociedad de las especies.

«Los mandos medios, el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano, el campesino, todos luchan contra la *burguesía*, para evitar que su existencia como mandos medios desaparezca. Así que no son revolucionarios sino conservadores. De hecho, son reaccionarios, porque intentan hacer retroceder la rueda de la historia. Cuando son revolucionarios, lo son en vista de su inminente paso al proletariado

(*sigue en pág. 10*)

EN ESTE NÚMERO

- En Nissan 3.000 despidos directos y otros 13.000 indirectos. Lo que no cierra hoy, cerrará mañana

El mundo capitalista en un volcán

«Este artículo, escrito en diciembre de 2019, antes del estallido de la pandemia de coronavirus, no podía tener en cuenta la crisis económica provocada por esta: el cuadro de la situación económica a nivel general aquí trazado es, en cualquier caso, útil para comprender que, con la pandemia, la crisis capitalista no ha hecho sino agravarse. De esta situación daremos cuenta en el próximo número de El Proletario»

La burguesía está preocupada por ello: desde hace varios meses el mundo capitalista se ha visto sacudido por explosiones sociales, episodios de revuelta o al menos de protestas gubernamentales. Desde África hasta Asia, pasando por América Latina y el Oriente Medio, el año pasado se ha caracterizado por una sucesión sin precedentes de movimientos de lucha más o menos pronunciados y duraderos de las masas oprimidas.

En comparación con los movimientos anteriores, lo que llama la atención es su extensión: mientras que hace nueve años la llamada «Primavera Árabe» se limitaba a esta región del mundo, es en prácticamente todos los continentes donde están apareciendo ahora. Después del «Hirak» argelino que comenzó en febrero, tuvimos la revuelta sudanesa que, con un telón de fondo de disturbios que se remontaban al año anterior, alcanzó su punto álgido en junio y finalmente venció al antiguo dictador Omar

El Bechir que había estado en el poder durante treinta años.

En Asia, fue en Hong Kong donde el viento de la revuelta comenzó a soplar a finales de marzo y llevó a enormes manifestaciones en junio. Pero fue en otoño cuando se produjeron movimientos en casi todas partes, muchos de los cuales habían estado hirviendo a fuego lento durante varios meses: en Haití, Indonesia, Líbano, América Latina, Irak, Irán, Guinea Conakry, etc., por mencionar sólo los más importantes.

AMÉRICA LATINA EN LLAMAS

América Latina es la región del mundo donde las manifestaciones masivas se han extendido como un incendio forestal. En Honduras, las huelgas y manifestaciones contra una «reforma» del sistema de salud y educación, que comenzaron en la primavera y continuaron durante todo el verano, en las que se

(*sigue en pág. 2*)

Después de la pandemia de coronavirus, ¿nada será igual?

Reproducimos a continuación el editorial del número 164 de El Comunista, órgano del Partido en italiano. Pese a estar centrado en el desarrollo de la pandemia y las medidas políticas, sociales y económicas que se tomaron en Italia, la semejanza entre la situación vivida en aquel país y la vivida en España, permiten entender la coincidencia de todos los gobiernos, sean del signo político y la nación que sean, en un único criterio con el que afrontar estas situaciones catastróficas: la defensa de las necesidades del modo de producción capitalista y de la clase burguesa dominante frente a las exigencias de la vida y la supervivencia del ser humano. Sirve, por lo tan-

to, para deshacer cualquier mito nacional acerca de la mala gestión gubernamental en España y, en el lado opuesto, para negar que cualquier gobierno burgués tenga opción, en esta y en futuras situaciones similares, de comportarse de otra manera.

La epidemia de Covid-19 estalló oficialmente entre diciembre de 2019 y enero de 2020 en China, pero ya llevaba más de un mes propagándose; luego se convirtió en una pandemia entre febrero y marzo, pasando por Italia, Alemania, toda Europa y los Estados Unidos.

(*sigue en pág. 3*)

El mundo capitalista en un volcán

(viene de la pág. 1)

pedía la caída del gobierno, se reanudaron a mediados de octubre después de que el hermano del presidente fuera condenado en los Estados Unidos por tráfico de drogas.

En Ecuador los proletarios y las masas comenzaron a moverse desde el 1 de octubre, obligando al gobierno a huir de la capital después de unos días. Poco después fue Chile, el llamado modelo sudamericano de éxito económico, el que fue golpeado por violentas protestas que desafiaron a un gobierno que pregonaba a su país como una isla de estabilidad en el continente. Luego le tocó el turno a la vecina Colombia... Para completar el cuadro de inestabilidad política en América Latina, hay que añadir Bolivia, donde un presidente de izquierda, Evo Morales, se vio obligado a refugiarse en México, y Perú, escenario de un enfrentamiento entre el Parlamento y la Presidencia.

Las causas fundamentales son económicas; según el FMI, América Latina es la región del mundo con menor crecimiento en 2019 y lo será nuevamente en 2020. Aparte de Venezuela, que se encuentra en medio de un desastre económico, Argentina es el país más afectado por la crisis, seguido por el pequeño Paraguay, mientras que México y Brasil están estancados. Pero el mecanismo democrático electoral se ha utilizado tanto en Argentina como en México para calmar las tensiones sociales. Sin embargo, la llegada al poder de los bombos sociales de «izquierda» sólo puede ser un paliativo temporal; ya no estamos en una época de auge económico en la que un Lula podía redistribuir unas migajas de crecimiento para comprar la paz social. No somos nosotros los que decimos esto, sino el *Financial Times*, el órgano de las finanzas británicas e internacionales.

En cuanto a las causas de los movimientos en los países latinoamericanos, cita a un analista burgués que dice que «lo más importante es la existencia de

un reservorio de frustración y descontento, ya que las ganancias obtenidas durante el auge de productos básicos se han reducido o perdido», comentando: «las perspectivas para los próximos años son peores. A pesar de los malos resultados económicos generales de los últimos años, América Latina podía contar al menos con que la economía mundial estaba creciendo, los mercados eran más bien estables y se disponía de inversión extranjera, factores que no están en absoluto garantizados en el futuro». (1).

EL MEDIO ORIENTE EN LA TORMENTA

Si, según los propios burgueses, son las consecuencias de la crisis económica las que han puesto en marcha a las masas explotadas y pobres de América Latina, ¿qué pasa con Oriente Medio?

La economía del Líbano se encuentra en un «estado crítico» según los círculos financieros internacionales y el nuevo gobierno que se acaba de formar no tendrá más remedio que reanudar los ataques contra los proletarios y las masas desfavorecidas que condujeron a la revuelta de octubre.

En Irán fue la subida repentina del precio del petróleo para alimentar las arcas del Estado la que provocó las manifestaciones y los disturbios de principios de octubre, que se ahogaron inmediatamente en sangre (300 a 400 muertos según las fuentes), pero el deterioro de la situación de las masas durante muchos meses es la causa fundamental; esto fue lo que había estado en el origen de las manifestaciones del año anterior.

En Irak, «el deterioro de la situación económica de los iraquíes es el principal motivo de las manifestaciones» (2). Entre el 1 de octubre y mediados de diciembre, la represión dejó más de 600 muertos, más de 15.000 heridos y cientos de desaparecidos.

LOS PRINCIPALES PAÍSES CAPITALISTAS NO ESTÁN INDEMNES...

Las revueltas que hemos revisado rápidamente (y a las que hemos dedicado textos y análisis más detallados, en la medida de lo posible) tienen lugar en los países llamados «periféricos», pero los países imperialistas, los grandes países capitalistas llamados «centrales» no están indemnes de esta epidemia de luchas.

Prueba de ello es el caso del imperialista dominante, los Estados Unidos. Ya hemos tenido la oportunidad de describir la ola de luchas en el ámbito de la educación que todavía se está produciendo en este país, con formas de autoorganización de los huelguistas. Este

otoño, el ejemplo más significativo fue la huelga de 48.000 trabajadores de General Motors que comenzó a mediados de septiembre y duró seis semanas: fue la mayor huelga de la industria automotriz desde los años 70. En octubre, unos 3500 trabajadores de Mack Trucks (camiones) se declararon en huelga durante 10 días por primera vez en 35 años. De hecho, desde 2018 los Estados Unidos han experimentado un aumento de las huelgas; según las cifras oficiales, que sólo tienen en cuenta las huelgas que afectan a más de 1.000 trabajadores, en 2018 hubo 487.000 huelguistas, la cifra más alta desde el decenio de 1980, en comparación con sólo 25.000 en 2017 (3). En 2019 se pudo observar la misma tendencia, ya que en septiembre el total ya había alcanzado los 442.000 huelguistas

NECESIDAD DEL PARTIDO DE CLASE

Así pues, las pruebas demuestran que se ha abierto un nuevo ciclo de luchas a escala mundial; son los efectos de las propias contradicciones del capitalismo los que están socavando el *statu quo*, de maneras y formas que inevitablemente varían de un país a otro, según sus estructuras económicas y sociales y según la historia local de las luchas de clases. Pero también demuestran las consecuencias negativas y a menudo desastrosas de la ausencia de liderazgo de clase en estos movimientos. Sin la presencia de una vanguardia influyente en al menos una parte de los proletarios, es decir, el **partido de clase** sólidamente organizado en torno al programa comunista, los movimientos de lucha o de revuelta que ponen en marcha las diversas capas de la población caen bajo el control de las corrientes pequeñoburguesas, incluso cuando los proletarios son la fuerza motriz de las mismas.

Y esto es cierto incluso cuando estamos en presencia de luchas puramente obreras. En este caso se trata de las organizaciones de colaboracionismo político y sindical cuyo poder está ligado a su integración en los mecanismos burgueses de control social que prevalecen si no encuentran una fuerza organizada frente a ellas.

Las luchas que han estallado en los cuatro rincones del mundo plantean objetivamente la necesidad de reconstituir el partido comunista internacionalista revolucionario. En todos los países no hay una tarea más importante y más urgente para los activistas de la vanguardia proletaria con conciencia de clase!

(1) *Financial Times*, 1-17/11/19

(2) AFP, 4/12/19

(3) <https://www.bls.gov/web/wkstp/annual-listing.htm>

Dónde puedes encontrar 'EL PROLETARIO'

Librería Primado
Avda. Primado Reig 102
46010 - Valencia

Enclave de Libros
C/ Relatores, 16, 28012 - Madrid

La Rosa del Foc
C/ Joaquim Costa 34 bj 28001 -
Barcelona

Librería Sandoval
Plazuela del Salvador, 6
47002 - Valladolid

Después de la pandemia de coronavirus

(viene de la pág. 1)

Las clases burguesas dominantes, especialmente en los países donde la epidemia se ha extendido más, admiten que no están en absoluto preparadas para esta y que no conocen lo suficiente las características de este nuevo coronavirus, y mucho menos cómo ha pasado de los animales salvajes, ni de cuáles, al hombre. Respondieron de manera completamente confusa, desordenada y contradictoria, empezando, sin embargo, por ocultar su propagación inicial y ridiculizar o calumniar a los médicos y virólogos que dieron la alarma, empezando por China, como ya había sucedido en 2002 ante la primera epidemia de coronavirus (Sars-CoV). Pero, ante el repentino hacinamiento de las salas de urgencias de los hospitales con cientos y miles de pacientes infectados y la primera docena de muertes, los gobernantes sólo podían tomar nota de una epidemia que podría haber puesto en serias dificultades la gestión social de las ciudades y zonas en las que, a causa del Covid-19, se empezaban a contabilizar miles de enfermos graves (de cuidados intensivos) y muertes y temían fuertes repercusiones económicas en la economía de sus países. Esto ha sucedido realmente y ha llevado a los gobiernos, en primer lugar, a tratar de hacer frente a una situación cada vez peor, poniendo a todos los centros de salud, al personal médico y hospitalario y a los médicos de familia en grandes dificultades. Es bien sabido que, además de las dramáticas deficiencias de las estructuras sanitarias, se han añadido los aspectos típicos de la falta sistemática de prevención (falta de pabellones hospitalarios utilizados anteriormente para situaciones de epidemia grave y de camas en salas de cuidados intensivos y terapia preintensiva); escasez endémica de personal de enfermería y hospitalario, falta general de equipos de protección personal, empezando por los más sencillos como mascarillas, guantes, cubiertas de zapatos, monos, sin olvidar las pruebas de diagnóstico, pruebas de laboratorio indispensables con plena disponibilidad de los reactivos necesarios, ventiladores pulmonares, etc.), deficiencias que los sacrificios y esfuerzos sobrehumanos a los que se han visto obligados los médicos, enfermeros, anestesistas y cirujanos de los hospitales y de atención primaria nunca podrían haber compensado, curando y salvando cientos de miles de vidas.

Las estructuras y el personal del servicio de salud pública no sólo se han encontrado en dificultades excepcionales, sino que también han tenido que hacer frente a la cínica gestión política y económica de las autoridades, que no han cesado de sembrar el miedo, difundido a través de la prensa y la televisión, favoreciendo, por una parte, el efecto propagandístico de sus

intervenciones y, por otra, el beneficio económico de las iniciativas puestas en marcha, teniendo como objetivo central no tanto la atención a los infectados como el control social más estricto. Es bien sabido que el pánico causado por una epidemia de la que no se sabe nada, y el hecho de encontrar en los hechos que se suceden día tras día sólo sus efectos patógenos y mortales, contribuye a doblegar a la mayoría de la población afectada a los dictados de las autoridades de las que se esperan explicaciones, intervenciones y medidas para hacerle frente, que reconocen su tipo y letalidad y que deberían adoptar medios y medidas para circunscribirla y erradicarla.

¿Qué hicieron las autoridades en su lugar?

En su desconcertante ignorancia y en su gigantesca arrogancia, listos como están para defender, en primer lugar, los intereses económicos y políticos de los que son la expresión directa, las autoridades han aprovechado la oportunidad que les ofrece la repentina epidemia de coronavirus para sembrar el miedo hacia este enemigo «invisible», cuya letalidad ha sido y es directamente proporcional a la absoluta falta de prevención y a la prioridad estrictamente económica que se da a cada decisión tomada. Hablaron de «guerra contra el coronavirus», no por casualidad, porque toda guerra implica restricciones, limitaciones de todo tipo, el temor de que el enemigo pueda atacar en cualquier momento, heridos y muertos. Y toda guerra implica acciones de terrorismo que, en este caso, no tenían por objeto el virus, sino la masa de los trabajadores, porque de ellos se podían esperar incluso reacciones violentas contra un poder económico que, independientemente de los riesgos de la epidemia, les obligaba a trabajar sin dispositivos de protección, y contra un poder político que se muestra una vez más al servicio del beneficio capitalista y no de la salud pública.

Si bien la epidemia había empezado a avanzar rápidamente, el gobierno chino tardó mucho en ordenar el cierre total de Wuhan y de toda la provincia de Hubei; el resto del mundo -conectado por las estrechas relaciones comerciales y económicas con China y en particular con Wuhan y su provincia- permaneció abierto para recibirla. Mientras tanto, este virus, cuya característica específica (como descubrieron más tarde los virólogos de medio mundo) no es tanto su letalidad como su contagio y su capacidad de cambiar rápidamente adaptándose a las diferentes situaciones en las que viven las poblaciones afectadas, pudo viajar por avión, barco y tren a todos los países con los que Wuhan y China estuvieron y están en contacto, y luego rebotar de un país a otro. Pero la alarma que más impresionó a los gobiernos de los países asiáticos y, en particular, de Europa, no se debió tanto a la propagación de esta nueva epidemia

como al bloqueo del suministro de productos y componentes fabricados en China e indispensables para las industrias del automóvil, la tecnología de la información y las diversas tecnologías. El estancamiento de la producción y la economía en China también condujo inmediatamente a una crisis industrial en los países europeos, crisis que se superpuso a una crisis económica ya existente desde 2019.

En las semanas comprendidas entre febrero y marzo, Italia presentó los primeros casos graves de Covid-19, en particular en Lombardía (la región más industrializada de Italia), seguida de Alemania, Francia, España, Gran Bretaña y los Estados Unidos, mientras que en Asia, Corea del Sur fue la más afectada después de China, seguida de la India, Singapur, Indonesia y Japón.

Que la burguesía es una clase de empresarios, de explotadores y cínicos aprovechadores de toda oportunidad que se presente para obtener ventajas y beneficios, es algo que se reconfirma cada vez ante acontecimientos catastróficos, no importa que estén determinados por causas «naturales» o directamente «humanas».

La estructura económica capitalista de la sociedad impone, objetivamente, que los capitalistas privilegien la ganancia económica, inmediata y futura, porque la consideran el bien supremo en cada momento de la vida, en comparación con cualquier otro aspecto de la vida social y del medio ambiente en el que se vive.

¿Pueden los capitalistas cambiar el proceso económico de producción y distribución, el mercantilismo más desenfundado, para que el «bien supremo» se convierta en la vida humana, su armonía social para que su relación con la naturaleza se vuelva armoniosa, orgánica? No, no pueden. La sociedad capitalista es una sociedad deshumanizadora como ninguna otra en la historia; por esta razón el capitalismo debe ser destruido y reemplazado por un modo de producción que ponga en el centro las necesidades de la vida humana, transformando la sociedad de las mercancías en una sociedad de la especie, la única que puede recuperar una relación equilibrada y orgánica con la naturaleza.

Más de doscientos años de capitalismo demuestran que la ley de hierro del valor preside toda actividad humana, toda dirección política, toda estrategia económica, monetaria y financiera inventada para hacer frente a las contradicciones y crisis que siempre han acompañado su desarrollo en todo el mundo. Por muy reformista, ilustrado y moralizador que sea el poder burgués en un país determinado -algo que, por otra parte, tiene efectos extremadamente limitados y cada vez más raros y efímeros-, tendrá necesariamente que responder a las necesidades primarias de la economía capitalista, y su tarea específica será siempre la de defender la red de intereses

(sigue en pág. 4)

Después de la pandemia de coronavirus

(viene de la pág. 3)

que, de vez en cuando, predomina en la gestión económica y financiera de la sociedad, plegando la política, y por tanto el Estado, a las necesidades de esa red de intereses.

Toda persona que no se sienta aturdida por el mito del dinero, del *carpe diem*, del «vivir hoy como si fuera a morir mañana», se da cuenta, cada vez que ocurre un desastre, en un accidente, en el lugar de trabajo o en la calle, de que la causa decisiva de las lesiones y muertes debe buscarse, en la gran mayoría de los casos, en la falta de prevención, en la falta de medidas de seguridad previamente probadas y aplicadas. Si hay algo que la burguesía es sistemáticamente empujada a dejar de lado y olvidar, es la experiencia que ha tenido de desgracias ya ocurridas y gracias a la cual pudo y debió prepararse de la mejor manera posible -independientemente de si trae beneficios inmediatos o no- para hacer frente a desgracias similares en el futuro, evitando muertes, lesiones, intoxicaciones, enfermedades, etc. Pero el verdadero mando de la sociedad no es del burgués capitalista, sino el capital que impulsa al burgués, que tiene el privilegio de poseerlo y servirlo, a obtener beneficios en cantidad y rapidez en cualquier situación y a cualquier costo humano y social.

La burguesía está fundamentalmente interesada en cultivar las catástrofes

¿Cuál es la situación más apetecible para el capitalista si no es aquella en la que la mayoría de las limitaciones legislativas, burocráticas, administrativas y de procedimiento deben ser dejadas de lado porque existe una emergencia causada por una catástrofe?

¿Se cae un viaducto por falta de mantenimiento, como en el caso más reciente del puente Morandi en Génova, con sus muertos y heridos, poniendo en peligro a los habitantes de todo un distrito? ¡Preparados! Los diversos grados de investigación se acortan al máximo, eliminando los pasos burocráticos y constituyendo el siempre necesario Comisariado de Emergencia, y los arquitectos, planificadores, administradores de la ciudad y la región, políticos de toda índole, se desatan para hacerse con contratos, subsidios, negocios, privilegios, visibilidad. El puente Morandi, de hormigón armado, cuando se construyó, estaba garantizado por 100 años, pero se derrumbó después de 50 años; el nuevo puente, diseñado por un famoso arquitecto, Renzo Piano, esta vez de acero, estaba garantizado por 1000 años... ¿pero quién garantiza su mantenimiento para que esta afirmación no sea la habitual bravuconería?

Por no hablar de los numerosos desastres ferroviarios, los derrumbes

por terremotos, deslizamientos de tierra e inundaciones, verdaderos cultivos de catástrofes como siempre hemos sostenido y demostrado, desde 1951, cuando, enfrentándonos a un nuevo desastre en Calabria debido a las fuertes lluvias, en un artículo de la serie «Al filo del tiempo», Amadeo Bordiga escribió: «El innoble episodio de la repetición en la extrema Calabria, dos años después, de un accidente que tiene el mismo origen, las mismas causas y los mismos efectos temibles, con las mismas actitudes de asombro, de condolencia hipócrita y de caridad enfermiza por parte de la prensa y de toda la 'opinión', para luego pasar, para enfriar las cosas, a la misma impotencia no tiene ninguna causa física, sino sólo causas sociales» (1).

Pero la burguesía argumenta tesis muy diferentes: una cosa son los colapsos causados por terremotos, desastres causados por inundaciones o tsunamis y otra cosa son las epidemias virales. Por supuesto, un terremoto, no importa cuán desastroso sea, generalmente se limita a una cierta área, y así las inundaciones o los deslizamientos de tierra; e incluso los tsunamis, no importa cuán grandes sean, nunca afectan al mundo entero. Por esta razón, al ser fenómenos circunscritos, pueden ser teóricamente más controlables; al menos las personas que no están inmediatamente involucradas pueden ser rescatadas llevándolas lejos del epicentro. Una epidemia viral, que puede convertirse en una pandemia y, por lo tanto, afectar fácil, rápida y repentinamente a personas de países de todo el mundo, sólo se descubre cuando ya se ha propagado (pero nunca se sabe cuántas personas ha logrado infectar y dónde se ha propagado, si no es después de mucho tiempo). Lleva mucho tiempo investigar para averiguar exactamente qué virus es, cuán contagioso y letal es. Aparte de las toscas medidas de confinamiento, distanciamiento social, higiene personal, etc., no es posible encontrar rápidamente las terapias y tratamientos adecuados para contenerlo y combatirlo y, al final, superarlo. Pero, casi siempre, la epidemia viral se agota por sí sola, en unos pocos años, a menos que vuelva a aparecer años más tarde con características diferentes, dado que algunos virus -que no vuelan, pero que, para vivir, necesitan infectar, bajo ciertas condiciones, diversos vectores animales, desde los salvajes hasta los humanos- tienen una gran capacidad de modificarse gradualmente. Cuanto más favorables sean las condiciones ambientales para su reproducción y propagación, más posibilidades tienen de infectar a millones de seres vivos, animales y humanos. Cuanto más destruya y modifique el hombre el medio ambiente silvestre en el que se producen y reproducen los virus animales, mayor será la posibilidad de infección.

El capitalismo, en su espasmódica búsqueda de beneficios, no sólo obliga a la gran mayoría de la humanidad

a vivir en la miseria, en entornos insalubres, en la pobreza absoluta, abandonando una parte considerable de ella a una muerte segura, sino que también destruye el equilibrio ambiental -y por tanto una relación orgánica entre el hombre y la naturaleza, y entre los animales y la naturaleza- al llenar de cemento y deforestar, obligando a una parte considerable de la humanidad a amontonarse en metrópolis tóxicas. La actividad de destrucción del medio ambiente natural del que depende la vida de todos los seres vivos sólo puede tener consecuencias desastrosas no sólo para la humanidad, sino también para los animales y las plantas, consecuencias que, tarde o temprano, afectarán a la propia vida humana. Actualmente está bien establecido que los virus se producen y se reproducen más fácilmente en comunidades de animales - sólo hay que tomar los murciélagos, por ejemplo, que son mamíferos como nosotros, pero esto también se aplica a los ratones, pollos, cerdos, vacas, dromedarios, etc, de los cuales se originan las epidemias más peligrosas.

Retrocediendo en el tiempo, en el último siglo ha habido 11 epidemias virales (la mitad pandemias), desde la famosa «española» de 1918-19, con sus 50 millones de muertos (aunque otras fuentes hablan de 100 millones), hasta la «asiática» de 1957, con más de 1 millón de muertos; desde la «gripe de Hong Kong» de 1968-69, con 1 millón de muertos (si bien otras fuentes hablan de 4 millones), que apareció en la China central y luego en Hong Kong, para luego desembarcar en los Estados Unidos (con millones de muertes), y en Europa (en Francia, las muertes estimadas fueron de 30 a 40.000, en Italia, 20.000), la «Aviaria» de 1997, una epidemia difundida, sobre todo, en el Asia sudoriental, con una incidencia muy baja pero con una mortalidad muy elevada (60% de los infectados) y el «Sars-CoV» de 2002-03, la misma cepa del coronavirus actual, circunscrita casi por completo a la China continental y Hong Kong, que de más de 8.000 infectados causaron unas 800 muertes (la tasa de mortalidad sigue siendo elevada: 9,6%); de la «gripe porcina» de 2009-10 que causó casi 400.000 muertes en todo el mundo después de haber infectado a casi 7 millones de personas (Il Tempo, supl. «salud», 11.4.2020, y www.epicentro.iss.it/passi/storie-Pandemic), al actual «Covid-19» que hasta ahora ha infectado, según datos oficiales (aunque sabemos que son falsos), a más de 4,8 millones de personas en el mundo con más de 320.000 muertes (datos de la OMS, Health Emergency Dashboard, 21 de mayo de 2020), de las cuales más de 169.000 en Europa, y unas 120.000 entre Estados Unidos, Brasil, Canadá y México, mientras que en China los muertos serían «sólo» 4.645...

Así, de las 11 epidemias virales de los últimos cien años, hasta cinco han ocurrido en los últimos 20 años, es

decir, una cada cuatro años. ¿Cómo podemos hablar de un brote inesperado? Se ha puesto de moda, especialmente en economía, hablar de un cisne negro cuando se produce repentinamente un acontecimiento crítico grave, lo que justificaría que todas las autoridades encargadas de controlar situaciones concretas no lo hayan previsto y, por lo tanto, no hayan podido preparar a tiempo las medidas adecuadas para hacerle frente. Así, también para Covid-19, las autoridades sanitarias y políticas se justificaron con el ya habitual fatalismo del «cisne negro»: ¿qué mejor que un enemigo letal pero invisible, que apareció «de repente», para ordenar medidas drásticas de contención y tener vía libre en la gestión de la tan esperada emergencia? En la emergencia se emiten órdenes ejecutivas cuya aplicación está controlada por las fuerzas del orden, aparecen repentinamente recursos financieros que antes no estaban disponibles, justificando automáticamente toda operación considerada «indispensable», pero, casualmente, favoreciendo los intereses económicos y políticos de los empresarios, políticos y consultores amigos y, como sucede a menudo - los casos de hospitales construidos, pero nunca terminados, no son raros en la historia de Italia - desperdiciar recursos con el único objetivo de mostrar que se hace algo importante para el «bien común» pero luego, después de la emergencia, se abandona lo que se empezó y se pasa a otros asuntos.

El caso del Hospital Covid de la Feria de Milán es emblemático. (2) El intento del presidente de la región de Lombardía, Attilio Fontana, de involucrar a la Defensa Civil para establecer un hospital de campaña en un pabellón de la Feria de Milán, no tuvo éxito, y se lanzó una rápida campaña de recaudación de fondos de acuerdo con Berlusconi y otros empresarios amigos para establecer el hospital de cuidados intensivos dedicado exclusivamente a los pacientes de Covid-19 con donaciones privadas, demostrando así que Lombardía podía «pensar por sí misma» sin necesidad del gobierno. En un mes se recogieron donaciones privadas por unos 50 millones de euros (Berlusconi 10, Caprotti dell'Esselunga 10, Del Vecchio della Luxottica 10, Moncler 10, «Giornale» y «Libero» 2.5, Enel 1.5 y muchos otros como McDonald, Fondo Nexi etc. con cifras más bajas) y el hospital, en diez días, maravilla de las maravillas, estaba listo! Parece que su costo fue de más de 21 millones, pero no se sabe nada del dinero restante recaudado... El 31 de marzo se inauguró oficialmente, bendecido por el arzobispo de Milán y propagado como «una nave espacial de alta tecnología», un hospital que serviría no sólo a Lombardía, sino a todo el país. Diseñado como el hospital de campo de Wuhan, debía tener 600 camas, poco después se anunciaron 500, bajando a 400 unos días después y, al final, se inauguró declarando una dis-

ponibilidad teórica de 200 camas. Una vez reducida la bravuconería inicial, se previó la posible participación de más de 200 médicos y más de 500 enfermeras, cuya gestión se asignó al Policlínico de Milán; pero los médicos y las enfermeras faltan en los hospitales ya activos, ¿cómo podrían garantizarlos para el nuevo Hospital Covid? ¿Cuántos fueron finalmente hospitalizados? El número más alto fue 25, el más bajo 2! (3). Por supuesto, no se tuvieron en cuenta las advertencias de algunos virólogos y directores de salud de los hospitales ya muy implicados en la lucha contra el coronavirus, como el director médico de primer nivel del departamento de cirugía cardíaca de Niguarda, en Milán, que había escrito: «Una unidad de cuidados intensivos no puede vivir separada del resto del hospital. Una unidad de cuidados intensivos sólo funciona si está integrada con todas las demás estructuras complejas que constituyen la gruesa red de un hospital, porque los pacientes admitidos en cuidados intensivos necesitan la evaluación continua e integrada de diferentes figuras profesionales, no sólo enfermeras y reanimadores, sino también infectólogos, neurólogos, cardiólogos, nefrólogos e incluso cirujanos. (...) Habría sido más lógico gastar las energías y donaciones recogidas para renovar o devolver la vida a algunos de las muchas salas abandonadas de los hospitales de Lombardía. Habría sido posible invertir en el sistema existente y lo que se creó habría permanecido en el sistema de atención sanitaria de Lombardía, pudiendo utilizarse como unidad de cuidados intensivos o reutilizarse para otros fines, pero siempre dentro de un hospital en funcionamiento» (4). Exactamente, habría sido más lógico, desde el punto de vista de la atención al paciente, pero no desde el punto de vista de los intereses particulares económico-políticos-financieros de los grupos capitalistas que, compitiendo con los grupos que apoyan al gobierno, pretendían actuar por su cuenta contra toda lógica sensata, aprovechando la situación de emergencia sanitaria. Un hospital que costó mucho pero que prácticamente no sirvió para nada, salvo para demostrar por enésima vez que en esta sociedad, en la cima de las preocupaciones de los capitalistas y sus representantes políticos, no están ni el «bien común» ni la salud pública, sino su beneficio personal. Esto no evita el desperdicio de energía y capital, pero el sistema de propiedad privada requiere que los capitalistas, de su capital personal, hagan lo que crean...

Bloqueo para todos... mientras se busca la vacuna, los empleos y los salarios desaparecen y el chantaje se hace más fuerte.

Habiendo asumido las características de una pandemia real, el Covid-19 se ha convertido en el objeto de una frenética investigación en la que las grandes multinacionales químico-far-

macéuticas se han lanzado a encontrar la solución mágica: ¡la vacuna! Cuanto más aumentaban los países afectados por esta epidemia, más muertes, más se propagaba el miedo y más se frotaban las manos las empresas químico-farmacéuticas que insistían en que los gobiernos apoyaran los más diversos experimentos, contando, además, con que las autoridades políticas y científicas seguían propagando el miedo al «enemigo invisible» y que el número de infectados y muertos, que se registraban día a día, demostraba que el peligro debía afrontarse con medidas excepcionales y que la única «solución» era la vacuna.

Mientras tanto, un término inglés, desconocido para la mayoría de la gente, como el confinamiento -el encierro en casa y la clausura de la mayoría de las actividades- en territorios cada vez más extensos y más allá de las «zonas rojas» identificadas como focos de la enfermedad, se ha convertido, en el espacio de unos pocos días, en un término muy utilizado, ciertamente mucho menos impresionante que el «arresto domiciliario» al que las autoridades, en realidad, han obligado a millones de personas, someténdolas al mismo tiempo a fuertes penalizaciones e incluso a la detención por ser «culpable de epidemia» si son sorprendidas infringiendo los reglamentos emitidos.

Por supuesto, el cierre no podía abarcar los hospitales, todo el personal médico y hospitalario, la producción y comercialización de medicamentos y equipo médico, el equipo de protección personal y todo lo necesario para sobrevivir diariamente, como los productos alimenticios, así como el transporte público, la recogida de residuos, etc. Excepto por el hecho, como se informó en nuestras tomas de posición anteriores y como se documentó en todos los medios de comunicación, de que todos los que estuvieron más expuestos al contagio, y por un período de tiempo indefinido, fueron sacrificados en el altar de la prevención inexistente y el beneficio saludable, como la mayoría del personal médico y hospitalario que estuvo sin equipo de protección personal durante muchas semanas, o los médicos de familia, sistemáticamente en contacto con los enfermos en casa, que fueron abandonados a su suerte confiando sólo en su propia buena voluntad y espíritu personal de sacrificio.

Sin embargo, el cierre no ha impedido a los propietarios de las empresas que han logrado que su negocio sea reconocido como esencial, hacer que sus trabajadores vayan a trabajar sin proporcionarles una protección individual adecuada y sin sanear el ambiente de trabajo, lo que ha provocado una serie de protestas y huelgas a pesar del temor a perder los salarios: *No somos carne de matadero*, era el grito de muchos trabajadores; un grito que sólo se escuchaba en par-

(sigue en pág. 6)

Después de la pandemia de coronavirus

(viene de la pág. 5)

te por toda una serie de medidas que el gobierno había dictado (como la distancia entre un trabajador y otro, en el lugar de trabajo o en la cantina, en los vestuarios o en los baños, o el frecuente lavado y desinfección de las manos, etc.) no podían adoptarse plenamente en las empresas que no se construían según los criterios de protección prioritaria de los trabajadores sobre la maquinaria, las líneas de montaje, los almacenes de materias primas, etc. ¡Para el capitalista no es la máquina lo que el hombre necesita, es el hombre lo que la máquina necesita!

Dado el repentino empeoramiento de los efectos epidémicos del Covid-19, especialmente a partir de marzo, y la imposibilidad de saber cuánto tiempo duraría la situación, era inevitable que un gran número de empresas y negocios cerraran indefinidamente. Para las empresas estructuradas y de ciertas dimensiones, esto significaba aplicar un ERTE a una parte considerable de sus trabajadores - con la inevitable reducción de un salario ya bajo en comparación con el costo de la vida -, mientras que para las empresas medianas, pequeñas y artesanales significaba el despido de su personal. En la agricultura, donde hay una proporción considerable de trabajadores inmigrantes y de trabajo negro, el encierro significaba, al mismo tiempo, una explotación intensiva de los trabajadores que aceptaban trabajar sin ninguna protección y una masacre de los salarios de todos aquellos que no querían poner sus vidas en peligro por 3 euros por hora. El grito de alarma que las asociaciones de agricultores lanzaron en previsión de la primavera por la falta de brazos para la recogida de frutas y hortalizas en invernaderos y campos se sumó a las quejas de las asociaciones industriales, que perdían miles de millones porque ya no podían vender lo que ya se había producido ni en el mercado interior ni en el mercado de exportación y porque no podían cumplir los pedidos que ya habían contratado. Los pobres capitalistas no pudieron asegurar sus ganancias como antes...

La salud de la economía y los negocios no debe estar en riesgo, la salud humana sí.

La fuerte voz de los capitalistas siempre ha influido inevitablemente en las decisiones gubernamentales de todos los países. Y es precisamente el interés económico y financiero representado por los capitalistas más fuertes el que ha guiado, al principio y en el curso de la epidemia, y seguirá guiando, las decisiones e indecisiones de sus gobernantes, en buena compañía, por otra parte, con las instituciones sanitarias nacionales e internacionales.

Poco más de dos meses después de

la aparición oficial del coronavirus en Europa, el diario español *El País*, tuvo acceso a los documentos de una reunión del Centro Europeo para el Control y la Prevención de Enfermedades (CEPCE) celebrada en Suecia el 18 de febrero, para tratar también la epidemia de coronavirus que ya había causado más de 2.000 muertes de un total de más de 17.000 personas infectadas, la mayoría en China (5), mientras que los infectados por coronavirus en Europa eran, por el momento, «solo» 45, todos relativos a viajeros que regresan de China, revela la conclusión de esta reunión: «en Europa el riesgo de propagación del virus es bajo». Al cabo de unos días, Italia cerró once municipios de la «zona roja», mientras que, como los virus nunca respetan las fronteras, la epidemia se propagó en pocas semanas en Lombardía, Véneto, Emilia Romagna; y también en Alemania, donde, en realidad, ya se habían activado protocolos de protección en 20 hospitales, mientras que en el mercado internacional ya era muy difícil encontrar el equipo de protección personal y los diversos equipos necesarios para los cuidados intensivos.

En pocas semanas, los hospitales ya no podían admitir a todos los pacientes sintomáticos, las plazas en cuidados intensivos se agotaron rápidamente, las salas de urgencias no podían contener la gran afluencia de pacientes, las salas de cirugía y de cuidados intensivos estaban ocupadas por pacientes de Covid-19, mientras que para todos los demás pacientes ya hospitalizados, el tratamiento ya iniciado se suspendió parcialmente y las operaciones se aplazaron. La tan cacareada eficiencia sanitaria de Lombardía fue así desmantelada en pocas semanas.

En poco tiempo apareció una dramática serie de ineficiencias y declaraciones poco fiables, mezcladas con una sistemática actividad propagandística de virólogos en busca de notoriedad y pretensiones, mientras que los investigadores y médicos que, por el contrario, trataban de advertir que el peligro de este nuevo coronavirus podía aumentar realmente, fueron silenciados, si no ridiculizados, transformando la epidemia en una pandemia, no sólo porque todavía no se conocía y por tanto no se sabía cómo controlarla y erradicarla, sino también porque las estructuras sanitarias -cuya eficiencia ya se había reducido debido a la escasez de recursos disponibles, los recortes en las inversiones y el personal de salud pública, que se habían producido durante décadas- se derrumbarían fácilmente. Y eso es exactamente lo que ocurrió, tanto que un gran número de enfermos, incapaces de ser admitidos en los hospitales, murieron en sus casas, mientras que muchos médicos y enfermeros, infectados, terminaron en cuarentena y muchos de ellos también murieron; sin mencionar a los pacientes de Covid-19 que, por falta de plazas en los hospitales, fueron enviados a las Residen-

cias de ancianos, infectando a una población anciana ya debilitada por otras patologías y convirtiéndose en portadores involuntarios de una verdadera masacre. ¡No es una coincidencia, de hecho, que la mitad de las muertes de Covid-19 sean personas mayores! Era evidente que las deficiencias del sistema de salud pública conducirían inevitablemente a la utilización de los escasos recursos e intervenciones mediante la selección de los pacientes y la concesión de prioridad a los que tuvieran más posibilidades de lograrlo; así pues, se sacrificaba sistemáticamente a los ancianos, especialmente si ya estaban debilitados por otras patologías. Lo que normalmente sucede en el lugar de trabajo se invierte en igualdad de condiciones en los hospitales: los ancianos tienen menos energía, por lo que son menos explotables y por lo tanto se convierten más fácilmente en sobrantes; lo mismo sucede con el paciente anciano en el hospital, especialmente si ya está afectado por otras patologías. El anciano, si no es rico, y por lo tanto no puede permitirse la hospitalización en clínicas privadas, está destinado a sufrir su incertidumbre de vida incluso cuando cae enfermo; al no ser un buen pagador, se convierte en superfluo, en un obstáculo, en un puro costo sin compensación. Y al igual que los ancianos, también los discapacitados: todos son considerados costos, y el capitalismo los reduce sistemáticamente.

Falta de fiabilidad y manipulación de los datos y estadísticas oficiales

Otro aspecto, que se ha hecho evidente con el tiempo, se refiere a la fabricación de los datos que en todos estos meses han seguido llenando las noticias y reportajes de los medios de comunicación. Cuántos infectados, cuántas muertes, cuántos curados en las últimas 24 horas, en qué región, en qué país, etc., han sido reportados. ¿Cuántas pruebas, cuántos análisis, cuántos asintomáticos... Tal cantidad de datos y estadísticas, que por otra parte no se corresponden en absoluto con la realidad, se difundieron diariamente sólo para justificar todas las medidas de confinamiento adoptadas por los gobiernos, pero el verdadero objetivo era implantar un terrorismo mediático, asustar a la mayoría de la población para que aceptara mansamente las limitaciones impuestas y se resignara a la enfermedad y a las muertes sin culpar a un poder político que, por el contrario, se ha mostrado completamente ineficaz, incompetente y cínicamente sometido a las razones del beneficio capitalista. En un «hilo de tiempo» de 1951, sobre la inundación del Po, ya se destacaba lo siguiente: «*Los profesionales y los científicos más respetados de hoy en día dan respuestas según las necesidades políticas y la razón de estado, es decir, según el efecto que tendrán, y las cifras se someten a todo tipo de manipulación*» (6). Desde entonces no se han vuelto más

serios, han continuado entrenando a sus figuras de acuerdo a la conveniencia política.

En varias ocasiones, algunos ilustres epidemiólogos han declarado que las estadísticas en las que se basaban los datos proporcionados diariamente por la Defensa Civil - como en una especie de Boletín de Guerra - eran estadísticas que debían tomarse con reservas. En primer lugar, porque las mediciones realizadas no podían dar resultados estadísticos en tiempo real, sino sólo después de unos pocos días, luego porque la cantidad de pruebas realizadas y otros análisis era tan baja que no podían dar una imagen más clara y, sobre todo, porque se hicieron principalmente en personas ya hospitalizadas, mientras que la gran cantidad de contagio se refiere a personas asintomáticas. Además, las muertes que se produjeron durante la epidemia de coronavirus se atribuyeron todas a Covid-19, mientras que algunas de esas muertes se debieron en realidad a enfermedades graves preexistentes en las que la infección por Covid-19 sólo aceleró el proceso de muerte. En resumen, el suministro diario de datos de los «boletines de guerra», así como la divulgación de declaraciones ponderadas de ilustres virólogos, evidentemente también tenía por objeto hacer que una población asustada recuperara una fiabilidad en las actuales autoridades políticas y sanitarias que los hechos reales habían socavado gravemente.

Para dar una idea de la falta de fiabilidad de los datos recogidos por las instituciones sanitarias y la Protección Civil, nos remitimos al parámetro del llamado índice R_0 , que fue sustituido por el índice R_t (6), en definitiva el indicador de los contagios que, en promedio, puede causar una persona infectada; un indicador que puede utilizarse como parámetro útil si se conoce la fecha a partir de la cual el paciente desarrolló los primeros síntomas; si falta el día del comienzo de los síntomas, los datos son falsos, por lo tanto inutilizables. Esta encuesta - evidentemente limitada a los pacientes sintomáticos - a fin de ser una base válida para evaluar las medidas e intervenciones adecuadas que se han de realizar, debe realizarse con la misma metodología, al menos a nivel nacional, pero, dada la pandemia, debe abarcar todos los países, y realizarse diariamente, transfiriendo los datos recogidos de los infectados, uno por uno, en los mismos formularios digitalizados utilizados por todos los países para que puedan trabajar en tiempo real. Estas son las palabras del físico Ricci-Tersenghi, Profesor de Física Computacional de la Universidad La Sapienza de Roma, sobre el «Sistema de Monitoreo» lanzado por el decreto del Ministerio de Salud el pasado 30 de abril, que constató la total falta de fiabilidad de este sistema, tanto más cuanto que «el parámetro R_t publicado el 15 de mayo, lo que debe decirnos si las cosas van mal o no, ha sido cal-

culado con los datos disponibles hasta el 26 de abril, hace tres semanas, con el bloqueo aún en pleno desarrollo» (7). Si luego añadimos que la mitad de las Regiones han proporcionado datos incompletos para el 50%, ¿cuál es el nuevo y pomposo «Sistema de vigilancia» que debería decirnos si la epidemia está bajo control y si las medidas adoptadas fueron realmente útiles, o no, para contenerla y luego erradicarla?

Otro hecho importante a saber, dice Ricci-Tersenghi, sería el de las «cadenas de contagio». Pero es el propio Istituto Superiore di Sanità el que afirma que «el lugar de presunta exposición al virus se conoce sólo para el 12,7% de los casos notificados en el período de referencia», la mayoría de los cuales, por otra parte, se han identificado en la Rsa o en contextos familiares. Pero del 87,3% restante, no se sabe nada... (8).

¿Todo irá bien?

Ante esta trágica situación, la respuesta de la burguesía no es sorprendente. La ciencia oficial no responde a criterios de prevención real, sino a criterios de curación, entre otros, criterios que inevitablemente seleccionan entre quién puede pagarla y quién no. Los beneficios capitalistas, en este ámbito, se acumulan en las grandes cantidades y variedades de productos farmacéuticos que se venden en un mercado formado por grandes cantidades de enfermos. Si los enfermos fueran un pequeño porcentaje de la población, si no la excepción, ¿qué pasaría con los beneficios de las grandes multinacionales químico-farmacéuticas y las ventajas personales en términos de dinero y liderazgo de todas las filas de políticos, administradores, científicos, primarios, virólogos, cirujanos, epidemiólogos, etc., que viven de las enfermedades cada vez más típicas de la podrida sociedad burguesa?

La clase burguesa no teme a la epidemia de coronavirus, VIH, Ébola, sarampión, cólera o cualquier otro virus o bacteria; el burgués individual ciertamente teme y teme por su vida y por no poder disfrutar de su riqueza, pero la clase social a la que pertenece está congénitamente preparada para aprovechar cada desastre, cada catástrofe porque sabe que puede beneficiarse inmensa y rápidamente, como lo demuestra cada situación de emergencia. Por supuesto, los científicos deben esforzarse por descubrir el tipo de virus, de dónde proviene, cómo cambia, cuán contagioso y letal es, y qué medicamentos pueden utilizarse para detener el proceso de agravamiento que puede llevar a la muerte, y qué tratamiento y medidas deben aplicarse para un resultado positivo del tratamiento. Pero su actividad como científicos depende, como cualquier actividad humana en la sociedad burguesa, de la posibilidad de ser un elemento constitutivo del proceso de apreciación del capital. O bien su tra-

bajo, su investigación, aporta un beneficio, en dinero, en influencia ideológica y política, o en servicio social necesario para que los trabajadores enfermos o heridos puedan volver a sus puestos de trabajo lo antes posible, o bien su trabajo, aunque sea encomiable desde el punto de vista humano y de la investigación pura, es inútil y, por lo tanto, se archiva y se abandona en el olvido.

Toda investigación, cualquiera que sea el campo en que se realice, necesita inversiones y, a menudo, grandes inversiones que sólo pueden ser proporcionadas por los Estados y las grandes multinacionales. Y la investigación médica y farmacológica no sólo necesita de los laboratorios, sino también de la experimentación animal y humana, especialmente ante situaciones de epidemia o pandemia. Por lo tanto, además del capital para satisfacer todas estas necesidades, también requiere la intervención de la autoridad estatal, la única que, en situaciones de emergencia, tiene la facultad de adoptar medidas que obligan a una gran parte de la población a someterse a comportamientos contrarios a los que se considera la conducta normal de la vida cotidiana. Tanto más en un Estado democrático, donde la libertad de movimiento, de reunión, de manifestación, así como la libertad de expresión y de prensa, forman parte de la ideología dominante con la que la población está acostumbrada a hacerse ilusiones de que puede «elegir» qué hacer en su futuro, teniendo, en teoría, un abanico ilimitado de «opciones». La misma «libertad para todos», que es el orgullo de la sociedad burguesa, y en particular de la democracia, se convierte en un obstáculo para la clase burguesa, en determinadas situaciones de crisis económica y social, porque le impide actuar rápidamente y sin trabas en la defensa de sus intereses económicos y políticos, que se ven amenazados precisamente por la situación de crisis. Basta con unas cuantas ordenanzas o decretos para convertir la «libertad» burguesa en papel mojado, con el presagio hoy de la epidemia, ayer del «terrorismo», mañana de la crisis económica o social.

Ante la crítica situación provocada por los efectos de la pandemia del coronavirus, que causó una considerable disminución del producto interior bruto en todos los países, y no sólo en los más afectados por el Covid-19, la clase burguesa gobernante, que es una causa determinante de la propagación de la epidemia y la principal de su letalidad, ha aprovechado esta oportunidad para asestar nuevos y poderosos golpes a la tan idealizada «libertad». Con la epidemia se ha extendido el temor de ser infectado, de morir, de no poder contar con la asistencia de un hospital, de ser abandonado, de incurrir en fuertes sanciones - como de hecho le sucedió a muchos -

(sigue en pág. 8)

Después de la pandemia de coronavirus

(viene de la pág. 7)

y este temor ha doblegado a una población en absoluto preparada para situaciones de emergencia similares, hasta el punto de no tener la fuerza para reaccionar ante una catástrofe, que había sido anunciada dadas las epidemias anteriores, y para someterse a las directivas gubernamentales que se emitieron de vez en cuando.

La única clase capaz de hacer frente a la burguesía y de la que ésta, de hecho, teme la reorganización y la lucha como clase antagónica, es el proletariado. La historia de la lucha de clases lo demuestra ampliamente. Pero, embriagado durante décadas por fuerzas oportunistas y acostumbrado a la colaboración entre clases y a apoyarse en el Estado como entidad por encima de las clases y sus intereses opuestos, y al margen de las protestas y algunas huelgas al principio del período en que la epidemia comenzó a cobrar sus víctimas, el proletariado también se sometió a las medidas de control social aplicadas por los distintos gobiernos. El desempleo ya existente, el peligro de perder el empleo, aunque sea precario, los salarios completamente insuficientes para pagar la comida de todo un mes, la necesidad de ocuparse de los niños pequeños y adolescentes que no pueden ir al jardín de infancia y a la escuela, el cuidado de los enfermos en casa totalmente a expensas de los miembros de la familia: en resumen, una situación de extrema inseguridad y de extremo aislamiento ha jugado a favor de la cínica y asesina clase burguesa y sus maniobras todas encaminadas a defender en primer lugar el sistema capitalista de producción y distribución para poder reanudar cuanto antes, a toda velocidad, la explotación del trabajo asalariado, pero con una clase asalariada aún más inclinada a las necesidades del capital.

«Todo saldrá bien» fue una especie de grito de esperanza y consuelo para no ceder a la desesperación, que, sobre todo por parte del personal del hospital, quiso animar a los pacientes de coronavirus, y a sus familias, declarando que serían tratados con toda la dedicación posible a pesar de las grandes dificultades objetivas. Y sin duda es mérito del personal de enfermería y de los trabajadores de la salud que muchos enfermos logren sobrevivir; los medios de comunicación y los políticos más inteligentes los llaman «héroes», pero ellos mismos, que no se sienten héroes, saben que pronto serán olvidados, especialmente por las autoridades hospitalarias, administrativas y políticas. La inmolación de los turnos, la falta de equipos de protección personal, la constante exposición al contagio y a la muerte, el miedo a llevar el contagio a la propia casa al final del turno, la cuarentena forzosa para todos los infectados, todo

esto era ciertamente motivo de rebelión, de huelga, de lucha contra un sistema que no sólo explota sistemáticamente la mano de obra, sino que la sacrifica conscientemente en el altar del beneficio. Ninguno de ellos sintió la necesidad de golpear en una situación tan dramática en la que sólo su trabajo, su dedicación, su humanidad permitía el cuidado y el tratamiento necesario de los enfermos y sus familias. Ciertamente, se apoyaron en la gratitud de los enfermos y sus familias, pero no en las direcciones de los hospitales ni en las autoridades políticas del gobierno que, en cambio, tomaron posesión de su sacrificio, lloraron lágrimas de cocodrilo por los médicos y enfermeros muertos, pero siguieron privilegiando los intereses de un sistema deshumanizador que sistemáticamente destruye vidas y afectos. De «héroes» pasaron rápidamente a ser simples trabajadores que están obligados contractualmente a cumplir con su «deber» a cambio de un salario siempre insuficiente y en instalaciones a menudo inadecuadas, si no ruinosas. De hecho, las enfermeras y todo el personal del hospital se quedaron solos, indefensos, expuestos al sacrificio de sus vidas.

¿De quién podría venir la verdadera simpatía por su sacrificio? De la lucha de los proletarios de los demás sectores económicos y de servicios que, con su presión sobre los patronos y los poderes políticos, deberían haber empezado a exigir al menos el suministro inmediato de equipos de protección personal y de todo el material necesario para la protección y la higienización de los ambientes hospitalarios, aunque ello hubiera supuesto obligar a las empresas más idóneas a convertir inmediatamente su producción habitual en la fabricación de máscaras, guantes, fundas para zapatos, trajes, desinfectantes, etc. y no sólo para los hospitales, sino para toda la población, que se vio obligada a equiparse con máscaras, guantes, desinfectantes, etc. a su costa. Las huelgas que hubo, de hecho, fueron ciertamente una reacción de los trabajadores que se vieron obligados a ir a trabajar sin la protección necesaria y en entornos insalubres, pero estaban completamente aislados y no se hizo ninguna huelga en solidaridad con el personal del hospital. El trabajo de décadas de los sindicatos tricolores para aislar las luchas, vaciar las reivindicaciones de clase y colaborar cada vez más estrechamente con la alta dirección de las empresas y el Estado también ha tenido sus consecuencias antiproletarias en este período. Mientras que la epidemia «une» a todos en cierto sentido en el mismo destino, y las luchas deberían haber tenido la misma respuesta unitaria, las uniones tricolores hicieron todo lo posible para contener y aislar las agitaciones espontáneas, de hecho desorganizándolas y disminuyendo su fuerza inicial. Si ante las iniciativas y medidas maestras que atacan los intereses inmediatos del

proletariado no respondemos con una lucha que afecte directamente a los intereses de la patronal, extendiendo la lucha a más sectores, el proletariado nunca podrá defenderse ni en situaciones de crisis empresarial ni, menos aún, en situaciones de crisis económica y social generalizada.

Por esta razón, los proletarios deben comenzar a poner de nuevo la defensa exclusiva de sus intereses inmediatos en el centro de su lucha, yendo necesariamente contra todo objetivo, todo medio y todo método de lucha destinado a defender los intereses de la empresa conciliando esos intereses con los de los trabajadores. Una lucha que no puede durar y mantenerse, ni fortalecerse, si no se cuenta con la solidaridad de clase.

La solidaridad de clase sólo puede surgir sobre la base de la lucha de clases, y puede convertirse en un arma de presión considerable cada vez que un sector obrero se encuentre en dificultades particulares -como en el caso actual del personal hospitalario- y pueda contar con la fuerza y el apoyo de los demás sectores obreros que luchan con ella o por ella. La reconciliación en el plano económico entre trabajadores y empleadores abre la puerta a una reconciliación social más general, sometiendo efectivamente los intereses de los trabajadores a las necesidades de los capitalistas, en todos los campos, tanto en la empresa que fabrica armas como en la que produce latas de carne, ropa o medicinas, y en todos los sectores de la vida social, ya sea el transporte, los hospitales, los medios de comunicación u otros.

Se dirá: pero en tiempos de pandemia, con la obligación de permanecer encerrado en casa bajo el riesgo de ser fuertemente sancionado si se rompen las estrictas normas dictadas específicamente por las autoridades políticas, y con el peligro de ser infectado y terminar en el hospital y tal vez morir, es lógico que uno no quiera exponerse a estos peligros al igual que es lógico que cada individuo siga las disposiciones dadas, considerándolas como protección individual esencial. Pero esta «lógica» choca con la lógica capitalista que exige, por el contrario, que una parte considerable de los proletarios sigan yendo a trabajar aunque sea sin protección, exponiéndolos al contagio y transformándolos en nuevos vectores de contagio, y que obliga al personal de los hospitales a sacrificarse directamente para asistir y tratar a decenas de miles de personas que han enfermado y muerto por la propia lógica del beneficio capitalista.

En la primera guerra imperialista mundial, los soldados del frente no sólo corrían el riesgo de ser asesinados por soldados enemigos, sino también de ser fusilados por los Carabinieri si desobedecían las órdenes dadas por los oficiales. Esto no impidió que los soldados italianos y austríacos fraternizaran en determinados momentos, y no impidió que desertaran del frente de guerra donde la clase

dominante burguesa los había obligado a ir y ser asesinados única y exclusivamente para defender su red de intereses económicos, políticos y militares. Y no impidió que el proletariado alemán, en plena guerra, ya en 1915, hiciera una huelga y se manifestara, chocando con la policía, por el pan y contra la guerra burguesa; así como no impidió que los proletarios de Turín, en agosto de 1917, hicieran una gigantesca huelga por el pan y contra la guerra. En ese momento, la vida estaba en riesgo mucho más que en la actual epidemia de coronavirus.

La llamada guerra contra el Covid-19, que cada megáfono de propaganda burguesa recuerda continuamente, ha demostrado ser de hecho un nuevo ataque a las condiciones de vida y de trabajo del proletariado. Y corear el habitual estribillo de «todos juntos lo conseguiremos» si «cada uno hace su parte» es la habitual forma hipócrita y, a la vez, cínica que la burguesía utiliza para influir en el proletariado para que, en caso de que se vean empujados a luchar en defensa de sus intereses inmediatos y de su vida, desistan de su lucha clasista, o no piensen en ello porque sólo... «sólo uniendo fuerzas será posible salir del túnel en el que la Covid-19 nos empujó...».

Pero la burguesía nos empujó a este túnel, no el virus. Esa unión de fuerzas, para la burguesía, sólo tiene un significado, y es que la fuerza del proletariado se somete a su mando, reconociéndole como única autoridad para hacer frente hoy a la epidemia y, como ayer y mañana, a la crisis económica, los despidos, la reducción de salarios y pensiones, el aumento de la militarización de la sociedad, la guerra emprendida. La unión nacional a la que recurre la clase dominante burguesa cada vez que entra en crisis, y que el sindicalismo y el colaboracionismo político defienden a capa y espada, sólo sirve para distraer a los proletarios de sus intereses de clase, para empujarlos a desarmarse sindical y políticamente, transformándose así en un instrumento de su propio sometimiento, esclavizándose voluntariamente, en un instrumento de su propia explotación. Que el Papa Francisco pusiera allí su palabra, invitándonos a rezar por nuestros gobernantes tan comprometidos en tomar decisiones «difíciles», es también lógico, dado que la Iglesia - en este caso católica, pero lo mismo se aplica a cualquier otra fe religiosa - es parte integrante de la conciliación social y de la colaboración de clase, por lo tanto enemiga de los intereses de clase del proletariado.

¿Nada será como antes?

Otro lema se añadió cuando la curva de contagio y muerte comenzó a caer, al menos oficialmente: *Nada será lo mismo que antes.*

El «No será lo mismo que antes» es en realidad una advertencia que la burguesía lanza sobre todo al proletariado: cuidado, la crisis epidémica ha

dañado tanto la economía de los países más importantes del mundo que habrá que adaptarse a grandes sacrificios incluso en el período posterior al final de la pandemia. Hoy en día, la burguesía está discutiendo sobre préstamos de cientos de miles de millones que se obtendrán de las cajas fuertes internacionales para tapar de alguna manera las miles de fugas en las actividades empresariales y distribuir unos pocos euros a las familias necesitadas... Pero el futuro no es de color de rosa, por lo tanto, a los proletarios les dicen: agradecemos las migajas que os damos ahora, pero preparaos para más sacrificios y, sobre todo, no os rebeléis porque os arriesguéis a la represión. ¡El orden público! ante todo

Pero para que «ya nada será como antes» se convierta en una consigna proletaria, la relación de fuerzas entre el proletariado y la burguesía tendrá que cambiar a favor del proletariado. La burguesía ya no debe tener la máxima libertad de explotación del trabajo asalariado y la represión de cualquier intento de oponerse por la fuerza al empeoramiento de las condiciones de la existencia proletaria. Sólo la reorganización clasista de las luchas proletarias y el empleo de medios y métodos de lucha clasistas pueden hacer ver al proletariado la posibilidad de detener realmente el empeoramiento de sus condiciones de vida y de trabajo; sólo sobre esta base el proletariado podrá recobrar la confianza en sus propias fuerzas y hacer que los capitalistas y sus exponentes políticos y administrativos teman realmente al movimiento clasista proletario no sólo hipotéticamente futuro - como ya sucede - sino en la realidad presente.

Hasta la fecha, el proletariado está, por desgracia, tan replegado sobre sí mismo que no tiene la fuerza para reaccionar con vigor clasista. Los golpes que está sufriendo no son todavía los que desencadenan la revuelta contra todo el sistema de poder burgués. ¿Cuántos golpes más tendrá que soportar para encontrar dentro de sí mismo la fuerza para levantar la cabeza y reconocerse como una verdadera fuerza social capaz de defender sus propios intereses usando toda la fuerza que tiene en sus manos? Nadie lo puede predecir. Pero es cierto, porque en la historia pasada ya ha sucedido varias veces, y porque la dinámica social del capitalismo contiene un antagonismo de clase entre los capitalistas y los proletarios que no puede ser neutralizado para siempre, que las próximas crisis económicas y sociales inevitables sólo aumentarán la presión social hasta tal punto que la superestructura de la sociedad burguesa ya no podrá contenerlo, haciéndolo estallar como una caldera que ya no puede contener el vapor producido en su interior.

Entonces los proletarios comprenderán lo importante que es reorganizarse en el terreno clasista, y lo vital que es luchar contra los capitalistas y las fuerzas de conservación que los apoyan no sólo por las reivindicaciones económicas e inmediatas, sino para derribar completamente todo el sistema social capitalista y burgués y finalmente conquistar, bajo la dirección de su partido de clase, el poder político, porque es la única manera que puede iniciar la emancipación del proletariado de la esclavitud asalariada y, con ello, la emancipación de toda la humanidad del mercantilismo, de las leyes del capital, de la explotación del hombre por el hombre, superando así la prehistoria humana para entrar en la historia de la especie.

22 de mayo de 2020

NOTAS

(1) Cr. *La coltivazione delle catastrofi* (El cultivo de los desastres), en «*il programma comunista*» No. 20 de 1953.

(2) Una situación muy similar a la explicada en este párrafo se vivió en España, concretamente en Madrid, con la utilización de las naves del recinto ferial IFEMA como hospital de campaña: no sólo se construyó un hospital completamente inutilizable después de la pandemia en lugar de reforzar los ya existentes sino que se hizo un suculento negocio con las concesiones de mantenimiento, etc. a las grandes empresas de la construcción.

(3) Véase www.adkronos.com/fatti/cronaca/2020/03/31/coronavirus-inaugurato-nuovo-ospedale-fiera-milano [_xZEmKXJulPAkbE5ej7BVN.html](https://elpais.com/sociedad/2020-05-18/los-guardianes-de-la-salud-europea-subestimaron-el-peligro-del-virus.html) •) y www.nexquotidiano.it/travaglio-miracolo-a-milano-ospedale-lonbardia-fiera-da-12-24-lugares/

(4) Ver www.adkronos.com/fatti/cronaca/2020/03/31/coronavirus-inaugurato-nuovo-ospedale-fiera-milano [_xZEmKXJulPAkbE5ej7BVN.html](https://elpais.com/sociedad/2020-05-18/los-guardianes-de-la-salud-europea-subestimaron-el-peligro-del-virus.html)

(5) Véase <https://elpais.com/sociedad/2020-05-18/los-guardianes-de-la-salud-europea-subestimaron-el-peligro-del-virus.html>, y la República, 20.5.2020.

(6) Ver: *Piena e rotta della civiltà borghese*, de la serie « Siguiendo el hilo del tiempo », en « *battaglia comunista* » n. 23 del 5 al 19 de diciembre de 1951. También en la A. Bordiga, *Drammi gialli e sinistri della moderna decadenza sociale*, Iskra edizioni, Milán 1978.

(7) R0 (erre cero) es el promedio de casos secundarios de un caso índice en comparación con una población enteramente susceptible a la infección; Rt (erre te) es una medida de la transmisibilidad potencial de la enfermedad vinculada a una situación contingente (por ejemplo, en una situación de encierro). [www.openline/2020/05/20/data-stops-26-aprile-printings-delay-printings-trackkento-counting-fallet-pandemic system/](http://www.openline/2020/05/20/data-stops-26-aprile-printings-delay-printings-trackkento-counting-fallet-pandemic-system/)

(8) Ibidem.

Para leer todas las tomas de posición del partido visitad nuestro sitio:

www.pcint.org

CLASES MEDIAS

(viene de la pág. 1)

do, no defienden sus intereses presentes, sino futuros, y abandonan su propio punto de vista, para situarse a partir del del proletariado» (de nuevo del *Manifiesto de Marx-Engels*, mismo capítulo). En la sociedad capitalista desarrollada las relaciones de los mandos medios, de estas medias clases, con las otras clases, no han cambiado; si acaso, la pequeña burguesía se ha vuelto aún más reaccionaria precisamente porque el desarrollo del capitalismo acerca cada vez más el «momento en que desaparecerá totalmente como parte independiente de la sociedad moderna». Los miembros de la pequeña y mediana burguesía forman siempre parte de las clases burguesas, porque también ellos viven de la explotación sistemática de la fuerza de trabajo proletaria, pero, a diferencia de la burguesía de la gran industria y de las grandes concentraciones de capital, en la defensa de sus intereses inmediatos están obligados a luchar contra la clase burguesa dominante que posee el poder económico y político de la sociedad y que tiende inexorablemente a marginarlos en una existencia precaria, si no a precipitarlos en la proletarianización. En cambio, están destinados a oscilar continuamente entre la clase burguesa dominante y la clase proletaria, que es la única clase que produce todos los valores de esta sociedad, porque -como afirma el *Manifiesto de Marx-Engels- siempre vuelve a la vida* precisamente por el desarrollo contradictorio y desigual del capitalismo tanto en el campo industrial como en el agrícola. En la dinámica social, el capitalismo se desarrolla, pero sólo chocando con sus propias crisis económicas, crisis de sobreproducción que, en su presencia cíclica, «amenazan cada vez más la existencia de toda la sociedad burguesa» porque en estas crisis «no sólo se destruye regularmente una gran parte de los productos obtenidos, sino incluso una gran parte de las fuerzas productivas ya creadas». Basta recordar el temor que despierta en la burguesía de todos los países el derrumbe de la bolsa, las grandes crisis de un mercado que ya no absorbe la enorme cantidad de mercancías que salen de las fábricas; por no hablar de las guerras que, si bien por un lado son beneficiosas para el capital porque se destruyen enormes cantidades de productos y fuerzas productivas no vendidas, dándole la oportunidad de reiniciar y renovar toda la producción, por otro lado ponen en tela de juicio todos los equilibrios políticos y diplomáticos anteriores y las relaciones entre los Esta-

dos. Pero es precisamente a partir de las crisis del gran capital que los órdenes medios de la sociedad, la pequeña y mediana burguesía -de la que históricamente nació la gran burguesía- retoman en cierto sentido un papel social, porque, por una parte, reposan en la base la estructura económica y social burguesa y, por otra, retoman un papel político decisivo, porque, al estar más cerca de las condiciones de existencia del proletariado, tienen más posibilidades de influir en él y de dirigirlo hacia el renacimiento económico del país.

La gestión del poder político por parte de la clase burguesa dominante se realiza a través de los partidos y los aparatos institucionales preparados para ello, tanto en regímenes democráticos como abiertamente totalitarios. Los partidos políticos se forman en torno a intereses particulares que pueden ser generales, de clase o específicos de grupos sociales. En el régimen democrático - que, para la clase dominante burguesa, ha demostrado históricamente ser el más eficaz en la defensa de su poder político - junto a la inflación del Estado hay una inflación de los partidos. «*El Estado capitalista, ante los ojos de una generación desgarrada por tres generaciones de burgueses pacíficos en el giro de dos guerras universales imperialistas - se puede leer en un hilo de tiempo de 1949 - , se hincha espantosamente, asume las proporciones de los Moloch devorando víctimas inmoladas, de Leviatán con el vientre lleno de tesoros aplastando miles de millones de vivos*» (1). Que esto no es una opinión del autor de los «hilos del tiempo», Amadeo Bordiga, sino una confirmación del análisis marxista del proceso de formación y desarrollo del Estado, queda también demostrado por lo que Lenin escribió en «Estado y Revolución»: «*El imperialismo -una era del capital bancario y de los monopolios capitalistas gigantesco, una era en la que el capitalismo monopolista se transforma en capitalismo de estado monopolista- muestra de manera particular la extraordinaria consolidación de la 'máquina de estado', el crecimiento sin precedentes de su aparato burocrático y militar para acentuar la represión contra el proletariado, tanto en los países monárquicos como en los países republicanos más libres*» (2). Los partidos burgueses sirven precisamente para gestionar el crecimiento sin precedentes del aparato burocrático y militar, tanto para defender los intereses generales del capitalismo, y el capitalismo monopolista en particular, como para asegurar a los grandes monopolios la continuidad de la explotación y la represión de las masas proletarias, sin las cuales el capital no tendría la posibilidad de aumentar su poder y

dominio sobre la sociedad. Pero en los países donde hay democracia, la función defensiva conservadora y capitalista del Estado necesita la participación y colaboración de los partidos que representan a las masas populares y, en particular, a las masas proletarias; y para esta participación y colaboración la clase dominante burguesa ha estado y está dispuesta a invertir considerables recursos, tal es la importancia que atribuye al control de las masas proletarias, de las que trata de obtener el máximo resultado en favor de su dominio. A través de los partidos obreros reformistas y colaboracionistas, y de las organizaciones sindicales vinculadas a ellos, logra transmitir de manera mucho más eficaz los intereses del capital como intereses «comunes a todas las clases», por lo tanto también a la clase proletaria. Y son precisamente esos recursos, destinados no sólo a pagar a los diputados y senadores de los parlamentos democráticos con salarios fastuosos e innumerables privilegios, sino también a construir el complejo mecanismo de amortiguadores sociales gracias al cual se satisfacen ciertas necesidades básicas de las grandes masas, los cuales constituyen una base sólida para el florecimiento de una gran variedad de fuerzas oportunistas. Cuanto más poderosa es la burguesía en los países de capitalismo avanzado, más influyentes son las fuerzas oportunistas, tanto en la fase en la que pocos de los grandes partidos comparten la tarea de dirigir el gobierno y la oposición, como en la fase en la que el desgaste de los grandes partidos los ha hecho declinar, si no desaparecer, y el poder del gobierno, y la oposición, se ponen necesariamente en manos de coaliciones de muchos partidos que nacen y mueren según los intereses particulares en los que se dividen los diferentes estratos sociales. En todos los casos, la clase proletaria, sometida a la continua presión de las fuerzas burguesas y oportunistas, se encuentra atrapada en una confusa red en la que actúan decenas y decenas de organismos políticos, sociales, económicos, culturales y religiosos, movidos por diferentes intereses particulares, donde todo ello se remonta a la preservación social, a la defensa del capitalismo como modo de producción, como estructura económica de toda la sociedad actual.

Las crisis económicas y financieras que se han sucedido desde los años 80 han desgastado a los antiguos partidos políticos sin darles tiempo para organizar una «transformación». Como sucede en el campo económico, en cierto sentido, también sucede en el campo político: las viejas «marcas» pasan de una familia a otra, de una

empresa a otra; algunas desaparecen por completo (en Italia el Partido Liberal, el Partido Republicano, el Partido Monárquico, etc.), otros cambian de acrónimo (como el DC y el PCI) y sus miembros son capturados por alguna otra familia que no tiene la fuerza para ponerlos a todos bajo su ala, dando así lugar a la constitución de una serie interminable de organizaciones políticas que, precisamente a causa de las crisis económicas y financieras que perturban los equilibrios económicos y sociales anteriores, los intereses de grupos económicos y sociales más dimensionados y generados por una competencia cada vez más aguda que estratifica el cuerpo social nacional en capas y subclases, diferenciadas entre sí; y así las siglas y organizaciones nacen y mueren, en una lucha por la competencia en el mercado de la votación siguiendo las indicaciones de los profesionales del marketing.

La democracia es la forma política que fomenta la formación de intereses particulares, poniéndolos en competencia entre sí, unos contra otros, pero también instándolos a aliarse, a agruparse para tener más fuerza, al menos temporalmente, contra otros grupos en competencia. El parlamento nacional, junto con la notable serie de parlamentos regionales, provinciales, municipales, de zona, forman la intrincada red en la que están encarcelados todos los estratos sociales que se hacen ilusiones de que pueden utilizarlos para hacer prevalecer los intereses de un grupo sobre los de otro. Por otra parte, la formación de organizaciones políticas, en la ahora podrida sociedad burguesa, se debe menos a intereses «generales» y más a intereses «particulares», empujados «desde abajo» o «desde arriba». En general, los intereses de la clase media alta tienden a concentrarse en formaciones políticas de arriba hacia abajo - derecha, centro o izquierda, dependiendo del clima político general e internacional y de las relaciones de poder interburguesas e interclasistas, pero con la capacidad de orientar e influir en buena parte de las masas mediante una política social que satisfaga de alguna manera sus necesidades básicas, aderezada con la habitual propaganda cultural-religiosa-patriótica que sirve siempre para justificar los sacrificios que inevitablemente se piden, o se imponen, tarde o temprano, por razones de economía nacional, salvación nacional o incluso «defensa de la civilización». Después del período en que los grandes partidos pudieron agrupar a las grandes masas, influyéndolas de manera decisiva, representando los intereses de las capas sociales de la clase me-

dia, de la pequeña burguesía y del proletariado, se formaron partidos más dimensionados que se convirtieron en portavoces de las diversas diferencias económico-político-sociales que caracterizan precisamente a las distintas capas en que la misma sociedad burguesa, económica y socialmente, las dividió.

Tanto si son grandes como si son más grandes, los partidos políticos se basan en la estructura económica capitalista que se ha desarrollado en los monopolios, los fideicomisos, las ahora famosas multinacionales, y en una estructura política que se ha desarrollado en el imperialismo moderno. Así como en la economía un pequeño número de grandes empresas dominan el mercado internacional, en la política un pequeño número de estados imperialistas dominan el mundo. Esto, por un lado, demuestra que el capitalismo tiene todavía fuerza para desarrollarse, aunque con contradicciones cada vez más profundas y catastróficas - como lo demuestran los continuos conflictos bélicos- y, por otro, que la burguesía dominante de los países imperialistas ha tenido y tiene la fuerza para ligar a sí misma y a sus propios destinos a las clases subalternas, y también a una parte de las masas asalariadas, según una densa estratificación de privilegios y reservas que forman garantías de las condiciones de existencia que distinguen a esta parte de la masa asalariada de la masa efectivamente proletaria, efectivamente sin ninguna reserva. Los amortiguadores sociales (por ejemplo, la pensión, el permiso por matrimonio, el permiso de maternidad, el subsidio de desempleo, etc., reivindicaciones clásicas del reformismo socialista que, sin embargo, fue el fascismo el que aplicó por primera vez para atar a las masas proletarias a sí mismo) eran, y siguen siendo, el tipo de *reserva* con el que el régimen burgués extendió a una masa mayor de trabajadores asalariados una «garantía» que antes sólo gozaba la capa de la aristocracia de la clase obrera. En comparación con los proletarios puros, con los incondicionales, estos amortiguadores sociales se transformaron en privilegio social, formando la base material del oportunismo y del colaboracionismo sindical y político. Estas concesiones a la masa de trabajadores asalariados por parte de las burguesías imperialistas marcaron también, más que diferencias salariales, una gran diferencia entre los proletarios de los países capitalistas avanzados y los proletarios de los países capitalistas atrasados; no sólo eso, sino que establecieron una división básicamente vertical, en un mismo país, entre proletarios «garantizados» y proletarios sin garantías.

Estas concesiones, que las burguesías imperialistas han generalizado sobre todo desde el final de la Segunda Guerra Mundial, han sido también el resultado de la presión ejercida por las luchas obreras, aunque organizadas por los sindicatos tricolores; pero no hay que olvidar que se han hecho pasar por «conquistas» de las luchas obreras llevadas a cabo en el terreno de la colaboración de clase con la burguesía y no en el terreno antagónico de la lucha de clases. No hacemos esta distinción por puro alboroto, sino para explicar que la propia clase dominante burguesa, aunque no siempre estaba dispuesta a ceder en las concesiones y aunque muchas categorías de la clase obrera tenían que luchar duramente para ser equiparadas con las que ya gozaban de ciertas garantías, tenía un gran interés en utilizar parte de la renta nacional a favor de todas aquellas medidas sociales que fortalecieran la colaboración de clase por parte del proletariado. Una colaboración interclasista que no se limita al plan de medidas económicas, sino que encuentra su máxima expresión política en la redacción de las Constituciones, que asumen así el papel de una carta de principios que unifica a todas las clases sociales, por encima de cualquier diferencia y antagonismo de clase. La competencia entre los proletarios que la burguesía fomenta siempre por todos los medios, en realidad, no contrasta con su interés en hacer funcionar la colaboración entre las clases, porque a través de la formación de una capa proletaria más «garantizada» en comparación con la masa general de trabajadores asalariados, la burguesía pliega a sus propias necesidades económicas, sociales, políticas, a toda la masa proletaria. El proletariado, gracias al trabajo oportunista y colaborador de los sindicatos y partidos que se hacen pasar por defensores de los trabajadores, queda así atrapado en el entramado de intereses que siempre se proponen como «comunes» a burgueses y proletarios, pero que en realidad son intereses exclusivamente burgueses. La total subyugación del proletariado a la burguesía dominante está así asegurada.

FRENTE A UN PROLETARIADO MARGINADO, ES LA PEQUEÑA BURGUESÍA LA QUE TOMA EL ESCENARIO

Tras treinta años de máxima expansión económica después de la Segunda Guerra Mundial, los recursos que el Estado burgués utilizaba para mantener el aparato estatal, la administración pública y el complejo sistema

(*sigue en pág. 12*)

CLASES MEDIAS

(viene de la pág. 11)

de amortiguadores sociales eran cada vez más escasos. La gran atracción que ejercían los grandes partidos (DC, PCI y PSI en Italia, pero también PSOE y PP en España, PCF, PS y UDF en Francia, SPD y CDU en Alemania, etc.) empezó a decaer, las promesas electorales se hicieron cada vez más inalcanzables, haciendo más evidentes las periódicas palizas que, con las medidas de austeridad, golpeaban de vez en cuando a los distintos estratos más débiles de la sociedad. Sin embargo, lo que perduró a lo largo del tiempo fue, en cierto sentido, el ideal democrático en general, traducido en las Constituciones republicanas y, sobre todo, la colaboración interclasista entre proletarios y burgueses que, en un régimen democrático posfascista, se convirtió en el distintivo de todos los partidos, ya fueran de la gran burguesía, pequeño-burgueses o «proletarios». Ante el colapso de los grandes aparatos del partido (por un lado demasiado caros, por otro con menos recursos públicos para distribuir a las masas y ahora fragmentados), sus miembros se dedicaron, con cada vez mayor bravura, al intercambio de privilegios y favores, la corrupción y la malversación. Al mismo tiempo, la creciente competencia en la gestión del dinero público por parte de los partidos en el gobierno - no sólo el Estado, sino también las regiones, provincias y municipios - aumentó el número de dirigentes políticos que pasaban de un partido a otro, atraídos por la mayor probabilidad de subirse al carro del ganador e, inevitablemente, por el hecho de que era más probable que se subieran al carro. También aumentaron las relaciones y negociaciones con organizaciones delictivas y gánsteres que nunca habían dejado de hacer sus negocios en la maleza política, que ahora apoyaban a sus exponentes, pero que, cada vez más fuertes y ramificadas, tenían cada vez menos miedo de mostrar su poder públicamente (en Italia este fenómeno es particularmente visible).

En este confuso marco social y político, el proletariado ha sido ciertamente el más atormentado en sus condiciones de existencia y de trabajo; pero las repetidas crisis del capitalismo han afectado también a grandes estratos de la pequeña burguesía (comerciantes, tenderos, campesinos, pequeños productores, artesanos, profesionales, especialistas, pequeños propietarios, etc.), haciendo que un número creciente de ellos caiga en el proletariado. La condición económica de estos estratos pequeño-burgueses, aunque asimilada a la proletaria debido a

la incertidumbre del trabajo y, por tanto, de los ingresos, no ha cambiado su mentalidad, sus hábitos y ambiciones sociales, y su esperanza de volver a vivir en la situación de privilegio del pasado. Se han convertido en vectores *directos* de las ilusiones y los mitos típicos de la pequeña burguesía (individualismo, propiedad privada, superioridad intelectual, mito de la competencia técnica y el profesionalismo, etc.); se han convertido en *infiltrados burgueses* en el cuerpo social proletario, tanto a nivel del llamado «estilo de vida» como a nivel del horizonte político y cultural, constituyendo así un factor más de competencia y división de la clase proletaria. Si la aristocracia obrera de la que hablaba Engels estaba compuesta por trabajadores que ascendían en la escala social gracias a una mayor educación, especialización y mayor salario, la aristocracia obrera de las últimas décadas también está compuesta por profesionales y especialistas de la pequeña burguesía que se sumergieron como consecuencia de las crisis económicas en el proletariado, convirtiéndose en una especie de sustancia oleosa que envuelve al proletariado y sofocando sus impulsos materiales y espontáneos a la lucha de clases que su misma condición económica genera inevitablemente.

CÓMO HA CAMBIADO LA COMPOSICIÓN DEL PROLETARIADO

En los países capitalistas avanzados, la revolución técnica y tecnológica, gracias a la cual los sistemas de elaboración y producción se han ido simplificando y automatizando gradualmente, ha transformado muchas producciones hasta el punto de que ya no es necesario contar con plantas colosales y agrupar a decenas de miles de trabajadores en una misma fábrica. Las grandes fábricas del pasado, de metalurgia, química, siderurgia, construcción naval, textil, calzado, editorial, etc., han disminuido enormemente; los diversos procesos que se realizaban en esas grandes fábricas se han ido «externalizando» gradualmente, creando lo que comúnmente se denomina «*inducido*», es decir, una serie de fábricas medianas y pequeñas que se dedican a la producción de sólo unas pocas piezas que luego tendrán que ser ensambladas para tener el producto terminado listo para ser enviado al mercado. No sólo eso, las relaciones internacionales, el comercio y las relaciones entre los distintos países han producido otros factores de división y competencia, especialmente entre los proletarios: un producto fabricado en Italia, o en Alemania, España, Francia o los Estados Unidos, se compone cada vez más de piezas fa-

bricadas en otros países donde la mano de obra de los trabajadores cuesta menos. Con el desarrollo de las comunicaciones y el transporte, las piezas que forman un automóvil, por ejemplo, pueden llegar a la fábrica «nacional» desde todo el mundo. La clase obrera del pasado, bien identificada con los famosos «trajes azules» y amontonada en enormes fábricas, está cada vez más dispersa en el territorio. El trabajo asociado, que caracteriza la gran revolución productiva del capitalismo, con la reducción de las grandes fábricas a fábricas mucho más grandes, tanto en lo que respecta a los edificios y el espacio ocupado, como en lo que respecta al número de trabajadores empleados en los diversos procesos, ciertamente no ha desaparecido, sino que ocupa a un número cada vez más reducido de trabajadores fábrica por fábrica y se ha extendido horizontalmente a un gran número de industrias medianas y pequeñas, cuyo procesamiento también se ve facilitado por las innovaciones técnicas aplicadas a la producción. Lo mismo ocurre también en el ámbito de la distribución: los empleados de los grandes supermercados, de los grandes centros comerciales, de las grandes cadenas de tiendas o de las grandes empresas de transporte se refieren nominalmente a la misma empresa que tiene muchas sucursales locales, pero en realidad están separados no sólo por categorías, tareas, especializaciones, etc., sino también territorialmente; y esto se aplica a cualquier producción o distribución comercial. En resumen, la clase obrera que en su día se asimiló a las grandes fábricas, y por tanto a las grandes concentraciones de trabajadores (lo que facilitó en gran medida la asociación y unión de los trabajadores en los sindicatos y en la lucha), está cada vez más dispersa en vastos territorios y agrupada en unidades de producción más pequeñas y mucho más controlables por los jefes, la policía y los sindicatos colaboracionistas.

Como sabemos, el proletariado no está formado sólo por la clase obrera de las fábricas: está formado por todos los asalariados, que trabajan en cualquier empresa capitalista, y, para nosotros, por todos los parados, los precarios, los temporales, los estacionales, los *riders*, etc., y por todos aquellos que viven de un salario, aunque no sea regular, por tanto también los trabajadores en negro, tanto en el sector industrial como en el agrícola, comercial, administrativo, de distribución y de servicios en general.

En un momento dado, la industria definía la actividad urbana, mientras que la agricultura definía la actividad en el campo; la separación entre la cu-

dad y el campo era clara; con el desarrollo del capitalismo, la urbanización y la red de comunicaciones entre las diferentes ciudades y entre la ciudad y el campo, la clara separación entre ambos se ha reducido en parte; En un momento dado el campo y su vasto territorio rodeaba las ciudades, como en una especie de «asedio», pero el desarrollo del capitalismo ha ampliado la urbanización y la cimentación de partes considerables del campo hasta tal punto que modifica la relación de extensión entre la ciudad y el campo, al menos en vastas zonas de todos los países con un capitalismo europeo avanzado (otra cuestión para los grandes países formados por grandes extensiones de territorio como los Estados Unidos, Rusia, China). Hoy en día las grandes capitales se han expandido de manera anormal y, con la red de carreteras que las conectan con otras ciudades, el tejido urbano se extiende por decenas y decenas de kilómetros. Esto no significa que las grandes zonas rurales del pasado ya no existan; significa, sin embargo, que una parte considerable de esas grandes zonas ha sido ocupada por la actividad industrial o semi-industrial en la que la agricultura (ganadería, cultivo intensivo en invernaderos, fertilización de la tierra, etc.) se ha convertido a menudo en agricultura industrial, lo que conlleva problemas similares a los de las ciudades en cuanto a la instalación de cobertizos, establos, edificios rurales y de procesamiento, así como la toxicidad de los suelos y los acuíferos, etc.

En otro tiempo, la distinción entre la clase obrera y los trabajadores agrícolas, determinada por la separación física entre la ciudad y el campo, se debía también a la gran concentración de trabajadores en las fábricas de la ciudad y a la inevitable dispersión de los trabajadores agrícolas en el campo; hoy, en los países avanzados, esta separación ha disminuido considerablemente, aunque todavía resiste sobre todo en las regiones donde la agricultura sobrevive, utilizando métodos de cultivo que, para ser rentables, necesitan muchos brazos humanos pagados lo menos posible (tomates, vides, olivos, naranjas, etc.) y que se practica en zonas que no son fáciles para los medios mecánicos, como las zonas de colinas y montañas.

Además, en los países capitalistas avanzados, las actividades de servicios (comerciales, de transporte, bancarios, de comunicación, de educación, etc.) han aumentado enormemente en comparación con las actividades de producción tradicionales. Estas actividades, en parte -y para algunos países en su mayor parte- se han trasladado a otros países donde la abundante clase proletaria de bajo costo cubre

las necesidades de explotación de los capitalistas que, si antes vivían en las ciudades y explotaban a sus trabajadores o a los trabajadores agrícolas de las zonas circundantes, ahora pueden hacerlo desde una villa junto al mar rodeada de un gran parque en una zona exclusiva y dirigiendo sus actividades en países tan lejanos como miles de kilómetros. El proletariado, desde el punto de vista del tipo de trabajo, hoy se presenta por lo tanto de una manera muy diferente a la de hace cincuenta años, por no hablar de hace cien años. Y la diferencia no radica en la condición básica, que siempre es la misma - el trabajador asalariado que era y sigue siendo - sino en su fisonomía: a los trabajadores de monos azules se añaden los proletarios que trabajan en pequeñas y medianas empresas, o en oficinas, establos, invernaderos, hoteles, almacenes, escuelas, hospitales, barcos, obras de construcción, centrales telefónicas, editoriales o centros de llamadas o en las mil y una empresas que se ocupan de cualquier sector de producción o distribución. A medida que se ha ido desarrollando, el capital ha exagerado e inflado de manera absurda todas las actividades destinadas no sólo a la producción sino, en general, a la explotación de la mano de obra asalariada, su control y la venta de los productos que el anárquico modo de producción capitalista pone continuamente en el mercado, ya sean productos tangibles o intangibles.

Con la decadencia de las grandes fábricas, y por lo tanto con el derrumbe de las grandes concentraciones de masas obreras en gigantescas unidades productivas, han surgido los teóricos de la masa obrera que se confunde con el «pueblo», los teóricos de la desaparición de la clase obrera, de la transformación del proletariado del pasado en clase media tanto en términos de estilo de vida como de ambición social. Huelga decir que estas teorías tendían a negar el antagonismo subyacente que el capitalismo genera entre la fuerza de trabajo asalariado y la burguesía y que, subrayando un cambio indiscutible, traído por las diversas revoluciones técnicas y tecnológicas a la producción, la distribución y la comunicación, indicaba en la supervivencia de los trabajadores en cierta producción (en los sectores de la minería, la construcción, la metalurgia, la química, la siderurgia, etc.) una supervivencia de la marginación con respecto a la «centralidad» que reconocía la clase productiva por excelencia, la clase *obrero*. Por otra parte, es característico de la pequeña burguesía sustituir la centralidad social constituida por la clase obrera por la centralidad social de sí misma, con la

ambición de representar el «justo medio» dada su propensión a subir en la escala social hacia la gran burguesía (con la que comparte la posición social de explotador del trabajo asalariado) y su proximidad social a la clase proletaria (de la que sufre la fuerza social constituida no sólo por su número, sino también por su potencial de lucha). Pero, a diferencia de la clase media alta, la pequeña burguesía está mucho más ligada a la zona donde vive y donde tiene su propiedad privada, ciudad o país, que a la región o nación como un territorio más amplio que su zona de origen en el que hacer sus negocios, facilitados por el desarrollo de los medios de comunicación y el transporte. Por otra parte, su parroquialismo, su provincialismo, se apoya en estas bases materiales que también utiliza para influenciar a los proletarios de la misma zona en un intento de atraerlos a su propia esfera de interés y fortalecer su defensa.

ES EL MISMO DESARROLLO DEL CAPITALISMO EL QUE FORMA AL PROLETARIADO COMO CLASE INTERNACIONAL

La visión marxista nunca se ha detenido en la situación de un país o de un grupo de países; siempre ha sido una visión internacionalista no sólo para el proletariado, sino también para el capital. El verdadero mercado del capital, de hecho, es el mercado mundial, y la gran reserva de mano de obra, de la que extrae la cantidad y calidad de trabajadores asalariados necesarios para la actividad capitalista de las distintas empresas, es ahora el mundo. El capital y la burguesía nacieron en el *pueblo*, pero como tal sólo podían desarrollarse, primero a nivel nacional y luego internacional. El desarrollo capitalista es inexorable; para el capital es vital la creación del proletariado, de la mano de obra asalariada, cuya explotación, cada vez más intensiva y cada vez más global, se hace cada vez más sistemática gracias a las innovaciones técnicas aplicadas a los procesos de producción: sin la explotación intensiva y extensiva del proletariado no habría habido desarrollo de la industria y, en particular, de la gran industria.

En sus diversas etapas de desarrollo, el capitalismo se ha esforzado por conquistar el mundo y, por lo tanto, por crear proletarios en todos los países del mundo. En su fase de desarrollo imperialista, el capital se ha hecho más poderoso; sobre el industrial y comercial se ha impuesto el capital financiero, que domina en los países más avanzados, contribuyendo a fre-

(*sigue en pág. 14*)

CLASES MEDIAS

(viene de la pág. 13)

nar el desarrollo industrial en los países colonizados, y, al mismo tiempo, a aumentar la explotación de las poblaciones colonizadas y de los recursos naturales presentes en los países colonizados en beneficio exclusivo de las ganancias del gran capital de las potencias colonizadoras. A la competencia entre las mercancías producidas y puestas en el mercado se ha añadido la competencia entre los capitales; a la sobreproducción de mercancías se ha añadido la de capitales, sobreproducción que obstruye el mercado, impidiendo una mayor valorización de los capitales; por lo tanto, interesa al propio capitalismo destruir una parte de las mercancías y del excedente de capital para dejar espacio a nuevas mercancías y nuevos capitales. Y ahora se sabe que los efectos más dramáticos de las crisis de sobreproducción se están transmitiendo a los países más débiles y atrasados y a sus poblaciones. Este hecho, si por un lado es una demostración más de la imposibilidad de que el modo de producción capitalista sea realmente la economía que desarrolla constantemente las fuerzas productivas -que en cambio son frenadas y destruidas sistemáticamente-, por otro lado pone a los países imperialistas más fuertes (la minoría de países) en condiciones de explotar a los países capitalistas más débiles (la mayoría de países), es decir, de explotar no sólo a los proletarios del país imperialista sino también a todas las clases sociales que forman parte de él. Los largos siglos de colonización de todos los continentes lo demuestran.

La apropiación privada de la producción, que es más característica del capitalismo que la propiedad privada básica, se acentúa aún más -y por lo tanto fortalece a los países imperialistas más fuertes- gracias a la propiedad privada del capital financiero que por su virtud es internacional. Pero la contradicción entre los capitales nacionales e internacionales acompaña al contraste entre la producción «nacional» (obtenida con ciclos enteros de producción nacional y con el empleo de mano de obra asalariada principalmente nacional) y la producción «internacional» (obtenida con el ensamblaje de piezas producidas en diferentes países extranjeros y con el empleo, por tanto, de mano de obra asalariada de diferentes países). Los productos que acaban en el mercado tienden a perder su origen puramente «nacional» y adquieren cada vez más una característica «internacional». Los propios productores -los trabaja-

dores, los asalariados- terminan en un mercado laboral que es internacional incluso cuando adopta formas «nacionales»; de hecho, sus salarios «nacionales» están cada vez más correlacionados, y compiten, con los salarios más bajos del mercado laboral internacional. De ello se deduce que los proletarios, para defenderse mejor en cada esfera *nacional*, no sólo deben tratar de unificar las luchas en el ámbito nacional superando los límites de las empresas, de los sectores y de las categorías, sino que deben avanzar hacia la lucha *internacionalista*, es decir, hacia la lucha contra la competencia entre los proletarios de los diferentes países, lo que sólo puede ocurrir si se empieza a luchar contra la competencia en el ámbito nacional, es decir, -como afirma el *Manifiesto de Marx-Engels-* a luchar contra la burguesía en el ámbito nacional.

Si la clase obrera de los países capitalistas avanzados ha cambiado su fisonomía social, no sólo por la reducción, o la desaparición, de las grandes fábricas, sino también por situaciones de crisis económica que la llevan a menudo a sufrir despidos y desempleo, adquiere de manera cada vez más sistemática su verdadera naturaleza social de *clase proletaria a merced del destino* económico de los capitalistas que la explotan. El trabajador, en cualquier país en que haya nacido y trabajado, redescubre que es un proletario en el verdadero sentido de la palabra, es decir, un trabajador *sin reservas* (incluso la posición fija para toda la vida como trabajador podría ser cambiada, en un momento dado, por una garantía, una «reserva»), que sólo posee su fuerza de trabajo gracias a la cual vive, o sobrevive, sólo si encuentra un empleo y, cada vez más frecuentemente, tiene que buscarlo muy lejos de donde nació y se crió. Por otra parte, el fenómeno de las grandes migraciones de los proletarios, estos esclavos modernos, acompaña inexorablemente al capitalismo en su desarrollo planetario.

Las grandes concentraciones de trabajadores del pasado dieron base y fuerza al asociacionismo sindical; su movimiento, sus luchas, sus huelgas, expresaban una verdadera fuerza social gracias a la cual fue posible obtener importantes concesiones: desde la famosísima ley de las 10 horas diarias desgarrada por las duras luchas de la clase obrera inglesa en el siglo XIX, hasta los reglamentos de fábrica que respondían a las exigencias de las pausas de trabajo, de la lucha contra la nocividad, y luego del aumento de la lucha por el aumento de los salarios, por la jornada de 8 horas, etc. Pero la fragmentación de las masas obreras en fábricas medianas y peque-

ñas ha facilitado la competencia entre proletarios promovida por la burguesía y asumida por los sindicatos oportunistas y colaboracionistas. La fuerza social de los trabajadores, representada por las masas de las grandes fábricas, no sólo daba fuerza a los proletarios de las medianas y pequeñas empresas, sino que también daba fuerza a los sindicatos que los representaban frente a los empresarios y al Estado, aunque su actitud fuera oportunista. La desaparición y la reducción de las grandes fábricas, además de quitar «fuerza contractual» a los trabajadores y aumentar la competencia entre ellos, en cierto modo ha quitado también fuerza a los sindicatos que los organizaban y representaban, los cuales, para mantener su papel de pacificadores sociales y colaboradores empresariales e institucionales, pasaron de la labor de sumisión sistemática a las necesidades de la economía empresarial y nacional, al respeto de la paz social y, por tanto, al servicio directo del Estado burgués en el que, por otra parte, se integraron. La fuerza con que los sindicatos doblegan a las masas proletarias a las necesidades del capitalismo y de la paz social viene dada, en realidad, por la cobertura magistral y estatal de su trabajo y por el chantaje con que mantienen a las masas proletarias en torno a la organización del trabajo en las empresas, la gestión del personal, la gestión de los niveles contractuales, la gestión en general de la planta orgánica de cada empresa, los cambios de empleo, los despidos, etc.

Así, los sindicalistas de las organizaciones colaboracionistas se ganan el privilegio de colaborar estrechamente con los jefes, y con el Estado, en la decisión de quién debe ser mantenido y quién debe ser despedido, quién debe o no ser trasladado de oficina y departamento, quién debe ser defendido ante el jefe o ante el magistrado, y quién no, etc. Si se desempeñan bien como controladores de la masa de la clase obrera y gestores de la competencia entre proletarios, entre fábrica y fábrica, entre nativos e inmigrantes, entre jóvenes y viejos, entre hombres y mujeres, y si demuestran que son eficientes en la transmisión de las necesidades capitalistas en las empresas individuales y en el país, y que son capaces de mantener la paz empresarial y la paz social, los patronos y el Estado les recompensan con el privilegio de estar más garantizados y protegidos que toda la clase obrera. A estas alturas, todo proletario se da cuenta de que es prisionero de un sistema de explotación contra el cual su lucha cotidiana de resistencia tiene que enfrentarse no sólo con su amo y sus vigilantes -lo que es evidente, ya que son ellos

los que lo aplastan en condiciones de trabajo y de vida intolerables- sino también con los sindicalistas colaboracionistas que utilizan la fuerza social potencial de los proletarios para garantizarse privilegios personales, y utilizan la fuerza económica y social de los capitalistas, a cuyo servicio están en realidad, sobre todo en situaciones de tensión y de huelga. El debilitamiento del proletariado, en general, es el resultado de décadas de sabotaje llevado a cabo por los sindicatos y de políticas colaboracionistas, que han sido y se hacen pasar por organizaciones «defensoras» de los trabajadores. Después de décadas de huelgas completamente ineficaces, sabotajes de los sindicatos, «negociaciones» que nunca terminan a favor de los proletarios, sino a favor de los patrones; después de decenios en que las grandes organizaciones sindicales se han dedicado a la fragmentación de las luchas obreras y, en definitiva, a la gran desorganización de la lucha obrera, es inevitable que el proletariado haya perdido poco a poco la fe en su propia fuerza, en su propia lucha y tienda a dejar a los representantes de la patronal y del Estado «soluciones» - que sólo pueden ser contingentes- a sus problemas de vida y de trabajo.

El período de colaboración forzada entre clases durante el fascismo y, luego, el largo período de colaboración entre clases durante la democracia postfascista, se caracterizaron por el complejo sistema de amortiguadores sociales que, si por un lado defendían de alguna manera a una parte sustancial de la masa de la clase obrera para que no se hundiera en la más negra miseria, por otro lado arrancaban de su mente y su corazón el sentido de pertenencia a su clase y el sentido de su lucha independiente, haciendo aún más débil al movimiento obrero. En efecto, le ha acostumbrado a tener una respuesta del Estado burgués, aunque no suficiente, pero útil para superar los períodos de crisis y afrontar los despidos y el paro con algunos puntos de apoyo para no morir de hambre; pero, mientras tanto, le ha intoxicado hasta tal punto que es incapaz de reconocerse como un verdadero antagonista de clase y, por tanto, de luchar contra esa forma de *dependencia de la acción del amo y del Estado* a la que se confía constantemente la búsqueda de una solución a los problemas que el proletariado encuentra en la vida cotidiana. Es innegable que un proletariado tan intoxicado, tan adicto a las drogas de la democracia, la colaboración de clase, la legalidad, la paz social, sólo podrá encontrar la fuerza para reaccionar en el campo de la lucha de clase rompiendo drásticamente con todos los aparatos del colabo-

racionismo interclasista y con todas las políticas de conciliación utilizadas por los sindicatos y los partidos «obrerros» corrompidos por la burguesía, y almacenando nueva energía, nuevas fuerzas, de los proletarios más jóvenes y de otros países capitalístamente menos avanzados, que entran en el «mundo del trabajo» y que no tienen detrás un período igualmente largo de intoxicación democrática y colaboracionista.

LAS CLASES MEDIAS Y SU PAPEL SOCIAL

Como sabemos, la tendencia hacia el gigantismo industrial y comercial ha sido la base para la creación de monopolios y ha allanado el camino para el dominio del capital financiero. Sin embargo, esto no significaba que la pequeña y mediana industria, o el pequeño y mediano comercio, desaparecieran para siempre; su número y también su peso en la economía general se redujeron, pero siguieron existiendo, aunque sufrieron caídas ruinosas en cada ciclo de crisis económica o guerra, hasta cierto punto para renacer precisamente como resultado de las crisis económicas y las guerras que provocaron las grandes fábricas. Las grandes corporaciones sufrieron colapsos que las obligaron no sólo a redimensionarse o transformarse, sino a refugiarse en los brazos del Estado, cuya tarea era salvar su futuro, demostrando una vez más que el Estado burgués sólo está al servicio de la burguesía y el capitalismo.

Si bien es cierto que, desde un punto de vista general, la sociedad se divide en dos clases principales -la burguesía y el proletariado-, también es cierto que, en la sociedad capitalista desarrollada, la llamada *clase media*, que es el conjunto de los diferentes estratos de la pequeña burguesía, aunque desempeñe un papel económico que no es vital para la sociedad capitalista, desde un punto de vista político y social desempeña un papel muy importante que la gran burguesía no puede desempeñar directamente. La gran burguesía, por lo tanto el gran capital, es naturalmente totalitaria, antidemocrática; no comparte su capital, sus beneficios con la clase pequeño-burguesa (aunque es de ésta de la que nació históricamente), y menos aún con el proletariado. Utiliza su propio capital para mantener y fortalecer su poder político, y utiliza su propio poder político para dirigir, en su propio beneficio, el capital que el Estado recauda de los mil impuestos que emite para sostener los gastos de su maquinaria burocrática. Por lo tanto, si la gran burguesía domina la sociedad a través de la democracia y sus mecanis-

mos, no es porque quiera compartir el poder con la pequeña burguesía y el proletariado - que constituyen la gran masa de votantes - sino porque este sistema - como hemos repetido mil veces - es el que le permite dominar mejor, con menos conflicto social. Pero el sistema democrático y parlamentario insta a los grupos sociales a estar representados por partidos y asociaciones, y cuanto más dividida esté la sociedad en diferentes estratos sociales, más exigen ser representados los intereses particulares de estos estratos: Algunos grupos sociales logran alcanzar los porcentajes de votos que les permiten ir al parlamento y participar así en el círculo de alianzas; muchos otros no pueden lograrlo, pero siguen existiendo para actuar en la sociedad, alimentando así la ilusión de que todos los ciudadanos, todas las necesidades de cada habitante, pueden encontrar tarde o temprano la manera de influir en las decisiones locales o en las decisiones más generales que se debaten en el parlamento. Que estas ilusiones son transmitidas principalmente por la pequeña burguesía es obvio para nosotros. Pero es precisamente la fragmentación de los intereses y de los grupos sociales de la pequeña burguesía, en su lucha en la sociedad, en las instituciones, en los círculos burocráticos, en los mercados, lo que permite que se crucen con la fragmentación en la que se encuentra el proletariado hoy en día, facilitando así la participación del proletariado en las ilusiones de la pequeña burguesía y exacerbando la competencia entre los proletarios. Esta verdadera obra social de las capas pequeño-burguesas en función de la preservación social y la defensa del capitalismo es retribuida por la gran burguesía con diferentes tipos de privilegios y prebendas que conforman la red de intereses que unen a todas las fuerzas políticas parlamentarias y a todos los grupos económicos y sociales a esa red vinculada; vínculos que normalmente se presentan como favores personales, abriendo las puertas a la corrupción, al desvío de dinero público para intereses privados, etc. que, desde la cúspide del gobierno, sin interrupción, descienden a las comunidades locales. En países como Italia, la red de los corruptos y corruptores está siempre muy activa, pero la permanencia de ciertos amortiguadores sociales que salvan al menos a algunos proletarios y pequeños burgueses de la miseria negra y de la ruina total, logra todavía contener la cólera de las masas que, en cambio, en países como Perú, Chile, Irak, Ecuador, Egipto, etc., se expresa con violencia y no sólo por unos días.

(sigue en pág. 16)

CLASES MEDIAS

(viene de la pág. 15)

EL INTERCLASISMO DEBE SER COMBATIDO EN TODO MOMENTO, EN CADA SITUACIÓN...

El peso social del proletariado industrial en cada país no sólo está determinado por su número en relación con la población activa no agrícola. Está determinado por su organización como clase independiente y su representación política en el partido proletario comunista. Si observamos el caso de Rusia, en las dos revoluciones, 1905 y 1917, los dos millones de proletarios industriales, concentrados en unas pocas ciudades, aunque decisivas, se enfrentaron a decenas de millones de campesinos. El proletariado ruso, influenciado, organizado y dirigido por el partido bolchevique, tuvo el peso decisivo en la revolución de 1917, tanto en febrero como, sobre todo, en octubre, porque arrastró tras de sí a las grandes masas campesinas previamente influenciadas, organizadas y dirigidas por los partidos pequeño-burgueses.

El precipicio en el que cayó el proletariado a causa de la contrarrevolución estalinista ha facilitado la tarea de engañar a los proletarios, después de las gigantescas masacres de la Segunda Guerra Mundial, que los partidos «comunistas» renegados llevaron a cabo para difundir el principio y las prácticas de la democracia burguesa como el *non plus ultra* de la civilización y la justicia social; y ha facilitado la otra importante tarea, tanto de los falsos partidos obreros como de los sindicatos tricolores - por lo tanto, no se convierten con el tiempo, sino en colaboracionistas natos - para desviar los empujes proletarios a la lucha clasista en el lecho de las luchas interclasistas. Entonces, ¿qué papel puede jugar el proletariado industrial mañana?

El proletariado industrial ha tenido y tiene, episódicamente, algunos saltos; las huelgas repentinas estallan, pero terminan rápidamente; los proletarios se encuentran en su mayoría aislados y separados de los trabajadores de todas las demás industrias, si no raramente, las calles y plazas con sus banderas rojas como antes: el proletariado está políticamente dado por muerto, y esto ya desde hace mucho tiempo. Pero la clase dominante burguesa también ha sacado lecciones de la historia pasada y, aunque espera en su corazón no tener que enfrentarse a un proletariado organizado para atacarlo de frente y derrocarlo a través de la revolución, si hay algo que teme más que a los vier-

nes negrosen sus bolsas, es al proletariado revolucionario. El gran temor que la burguesía europea, y por tanto la burguesía mundial, tenía al final de la Primera Guerra Mundial, entre el Octubre Rojo de 1917 y 1919-1920 (el famoso bienio *rojo*), fue causado precisamente por el levantamiento de un proletariado que ya no tenía miedo de enfrentarse con los Carabinieri y la policía en manifestaciones callejeras, que no se detenía ante sus muertos en las huelgas como no se había detenido ante sus hermanos de clase diezmados en el frente de guerra después de salir de las trincheras; de un proletariado que había tomado conciencia de su poder de clase y había encontrado en el bolchevismo y la Internacional Comunista su verdadera dirección revolucionaria. En ese momento, la combinación de la labor de décadas de oportunismo socialdemócrata, la jovenísima formación de partidos comunistas en Europa inmediatamente después de la guerra, la insostenible presión económica sobre vastas masas proletarias y la acción de las bandas fascistas forjadas por los capitalistas y protegidas por las fuerzas militares del Estado, fue una combinación que permitió a la burguesía de cada país mantener su dominio económico y político, aislando y estrangulando la revolución proletaria en Rusia. La devastadora obra del oportunismo socialpatriótico, sociallegal y socialpacifista corroyó a la propia Internacional Comunista, que terminó degenerando dramáticamente, sumiendo al movimiento comunista internacional y al movimiento proletario mundial en un abismo del que aún hoy no han salido. Viendo los eventos del 1 de mayo reducidos a aún menos procesiones que las procesiones religiosas de Santa Rosa o de la Virgen Negra, se diría que los trabajadores ya no son protagonistas de nada, ni siquiera de su 1 de mayo, su día de lucha internacional. ¿Es cierto, por lo tanto, que el proletariado industrial ha perdido completamente su función histórica? ¿Y cuál sería la clase o movimiento social que lo reemplazaría?

Las manifestaciones masivas que han llenado las plazas y calles de Hong Kong, Chile, Perú, Colombia, Irak, Irán, Líbano, Ecuador, Bolivia, Brasil, Haití, pero también en Egipto, Argelia, Francia, Italia y muchos otros países, parecen anunciar una nueva fase. Las masas campesinas, pequeño-burguesas, proletarias y semiproletarias, mezcladas en una especie de movilización del *pueblo*, aparecen como la gran novedad: pacíficamente, pero también violentamente, reclaman el pan, el trabajo, la libertad, luchan contra el aumento del coste de la vida, contra la corrupción de los gobiernos y de los po-

líticos, luchan por la autonomía de los territorios, contra la contaminación y el calentamiento climático, se manifiestan por el *cambio*. Pero piden a los mismos poderes burgueses contra los que protestan; les gustaría que estuvieran más atentos a sus necesidades, menos corruptos, más «democráticos»; les piden que piensen no sólo en las generaciones «presentes», sino también en las «futuras». Se mezclan, empezando por los problemas que han hecho estallar la ira generalizada, las reclamaciones económicas inmediatas y las medidas políticas que parecen decisivas, como la dimisión de un presidente o un gobierno. Las manifestaciones masivas de hoy recuerdan, en parte, las manifestaciones de 2011 que tomaron el nombre de «Primavera Árabe», debido a las cuales los presidentes-reyes, como Ben Ali en Túnez y Mubarak en Egipto, tuvieron que abandonar el poder, antes que, entonces, les siguiera el tan esperado «cambio», la codiciada mejora de la situación de las masas proletarias y desheredadas, caídas, en realidad, en nuevas formas de opresión y explotación. La guardia ha cambiado, pero no el sistema.

De hecho, la situación de caos general que caracteriza a un gran número de países se debe a la concomitancia de varios factores, entre ellos los efectos de las últimas crisis económicas que han afectado a todas las capas inferiores de la sociedad, desde la pequeña burguesía urbana hasta el campesinado, desde el proletariado hasta la clase baja e incluso capas de la clase media, y el hecho de que las instituciones democráticas están tan desgastadas que la corrupción y la maldad como *modus operandi generalizado* de todo poder existente son muy evidentes. Lo que resulta sorprendente, pero al mismo tiempo exaltante, para los propios participantes en las movilizaciones es el impulso objetivo que les mueve a protestar, la tan cacareada *espontaneidad, la durabilidad* de estas protestas, el número de personas implicadas y el hecho de que todo se produzca principalmente con empujes *desde abajo*, en ausencia de grandes partidos que organicen conscientemente, desde arriba, esa movilización con demandas dadas y con un *timing* preorganizado, y que actúen como portavoces de las necesidades sentidas por los participantes en las movilizaciones. Más allá de la búsqueda habitual de líderes de estos movimientos por parte de los medios de comunicación y la policía, es un hecho que en estas protestas hay burgueses y proletarios codo con codo, terratenientes exigiendo altas rentas y proletarios buscando trabajo, comerciantes que no dan crédito a nadie y agricultores que se matan trabajando en sus tierras, ar-

tesanos que se ven obligados a poner a trabajar a sus esposas e hijos para poder llegar a fin de mes, y miembros de las clases bajas que han perdido sus trabajos durante años y viven de los expedientes; pero también intelectuales que quieren sentirse parte de algo grande y aún no «clasificado» sobre lo que quizás puedan elucubrar como «testigos directos», o empleados de primer o segundo nivel que defienden la democracia como si fuera la cura de todo malestar social y la garantía de su propio bienestar...

¿Qué papel social y político desempeñan estas manifestaciones? ¿Son comparables al papel y al peso social que tuvieron las grandes manifestaciones de los trabajadores?

Por lo que parece, y dado que las grandes huelgas obreras -que también se producen de forma episódica, pero en el silencio general de los medios de comunicación- ya no parecen ser el punto de referencia, el polo de atracción de las protestas contra el malestar social que afecta también a buena parte de los estratos pequeñoburgueses; estas manifestaciones se están convirtiendo no sólo en la forma de expresar un descontento generalizado, sino también en la forja de una nueva «clase política» que brota directamente del «pueblo», de todos los estratos sociales que se sienten no representados, no protegidos, no garantizados tanto en el presente como en el futuro. Una nueva «clase política» que combina las demandas de una mejora general de las condiciones de trabajo y de vida con una justicia social que se implemente de acuerdo con la constitución y las leyes existentes, y que escuche las demandas de una «nueva» democracia en la onda de la presión de una «democracia directa» que tiene como objetivo desviar el actual desarrollo económico capitalista por el camino de la defensa del medio ambiente, el llamado *Green new deal*, es decir, una especie de programa de reforma que tendría como objetivo vincular la lucha por la defensa del medio ambiente con la lucha contra las desigualdades sociales. La burguesía más ilustrada, más sensible a los cambios de humor de las masas y más ilusionada con la posibilidad de reformar la sociedad, en general, manteniendo el modo de producción capitalista y haciendo «más democrático» el régimen democrático, apoya enérgicamente estas manifestaciones, con la esperanza evidente de que, especialmente las generaciones más jóvenes, temerosas de un futuro amenazado por las guerras y las catástrofes ambientales, sigan expresando sus preocupaciones y su descontento respetando plenamente la paz social, la democracia, la constitución y la autoridad del

Estado. Que nunca se ponga en peligro el beneficio del capital por un proletariado que ha despertado a su causa de clase, social y política y que redescubre a los capitalistas y a su sociedad opresora y explotadora como los verdaderos enemigos no sólo en el presente sino también en el futuro. Que no sea nunca que las masas de jóvenes que se manifiestan hoy en las calles de todas las grandes ciudades del mundo contra los efectos más o menos evidentes del capitalismo, tanto en el medio ambiente como en la vida económica y social cotidiana, descubran que la verdadera lucha por la vida no es la que pide a los gobernantes burgueses que vuelvan sobre sus pasos, que frenen el paroxismo del lucro y que dediquen más atención y más recursos a la descontaminación, la descentralización, la reforestación y la salvaguarda de los derechos de los pueblos, sino la que pone en tela de juicio todo el sistema político y económico capitalista y que ve en el proletariado de cada país la clase que debe volver a luchar por la defensa de sus intereses de clase, tanto económicos como políticos en general.

EL PROLETARIADO SE LEVANTARÁ DE NUEVO COMO UNA CLASE REVOLUCIONARIA QUE LUCHA CONTRA EL INTERCLASISMO Y LA COMPETENCIA ENTRE LOS PROLETARIOS

¿Pueden estas movilizaciones representar una oportunidad para que el proletariado reanude su lucha en el campo de las clases? **NO**. El terreno de las **clases** es totalmente antagónico al terreno democrático y pequeñoburgués en el que las masas de Chile, Ecuador, Perú, etc. han bajado a manifestarse, incluso violentamente. El interclasismo que caracteriza estas manifestaciones (también en Iraq y Egipto) no es una base de la que pueda surgir el clasismo proletario. La implicación de las masas pobres semiproletarias y campesinas, y también de los proletarios, en este terreno es un hecho que podríamos llamar «natural», dada la situación en la que triunfa la cólera espontánea de todas las capas sociales afectadas por la crisis y por las medidas de los gobiernos burgueses, y en la que falta por completo la organización de clase del proletariado, la única que puede representar un polo de atracción social y política antagónico al de la burguesía. Los proletarios sólo conseguirán organizarse **independientemente de la clase si rompen** con el entrelazamiento, reconociendo para sí mismos una fuerza social independiente capaz de arrastrar a los demás estratos sociales afectados por la crisis y las medidas burguesas, y no de ser arrastrados. De estas movilizaciones,

el proletariado debe sacar una lección contra el interclasismo, contra la colaboración entre clases, y esta lección sólo la podemos sacar nosotros, el Partido Comunista Marxista, y desde fuera, llevarla al interior de la clase proletaria, tanto más hoy en día todavía enormemente confundida en su propia composición de clase. Se necesitará el tiempo que sea necesario, pero el encuentro entre la lucha proletaria y el partido proletario sólo puede tener lugar sobre el terreno de una lucha que *tienda* al clasismo, a la independencia de clase del proletariado, sobre cuyo terreno el partido actúa con su propaganda y su acción en las filas proletarias, transmitiendo las enseñanzas extraídas de la historia de la lucha de clase; y las vanguardias del proletariado se acercan al partido porque se ven empujadas a encontrar no sólo las respuestas a los problemas generados por la lucha y los choques con la burguesía y las diferentes fuerzas de preservación social, sino también a encontrar una orientación precisa para las luchas posteriores, para el futuro mismo de su movimiento.

La reorganización de clase del proletariado no significa, inmediatamente, chocar con las capas semiproletarias y los campesinos pobres. Estas capas, en efecto, también se ven duramente afectadas por las medidas gubernamentales y la crisis económica, pero hacia ellas los comunistas, que hablan en nombre de la clase proletaria, deben asumir las reivindicaciones que pueden ser compartidas por la clase porque son abiertamente antiburguesas, y porque defienden las condiciones de vida y de trabajo no sólo del proletariado, sino también de las capas semiproletarias y campesinas pobres. Debe propagarse - como se hacía en la época de los bolcheviques - entre los semiproletarios y los campesinos pobres, la lucha proletaria independiente como la única que puede aportar eficazmente una perspectiva de defensa a nivel inmediato a esos estratos sociales. Se debe propagar, esto es, el hecho de que no son los medios y métodos de lucha propuestos por la pequeña burguesía o la burguesía - la democracia, la salvaguarda del orden establecido, la defensa del Estado como entidad por encima de las clases, etc. - los que lograrán aliviar la miseria, el hambre y la marginación social de las capas semiproletarias y campesinas pobres, sino los medios y métodos de la lucha de clase que el proletariado deberá adoptar para contrarrestar eficazmente el peso dominante de la burguesía y plantear, en el futuro, el problema de la conquista del

(*sigue en pág. 18*)

CLASES MEDIAS

(viene de la pág. 17)

poder político.

Por lo tanto, ante la movilización de las capas sociales pequeñoburguesas y semiproletarias arruinadas por la crisis económica y las medidas económicas y sociales que los gobiernos burgueses adoptan, de vez en cuando, para defender mejor los intereses del capitalismo y del gran capital, destacamos la imposibilidad de la burguesía de resolver los problemas sociales, solo puede exacerbarlos. Ante estos problemas, la rebelión interclasista típica de esos estratos -incluso en casos de gran combatividad y coraje en el trato con la policía, el ejército, los tanques- está condenada a ser absorbida por los cimientos de las políticas y prácticas burguesas que no tienen otro objetivo general que el de volver a poner la situación bajo pleno control burgués. Si es necesario, se depone a presidentes y reyes, se cambian los gobiernos y se reescriben las constituciones, se celebran elecciones, se concede la libertad de reunión, organización y actividad política, a sabiendas de que estas libertades, escritas en papel, después de un período de mayor tensión social, pueden ser pisoteadas por el poder en cualquier momento; tal vez con un poder dictatorial explícito como ocurrió con Pinochet en Chile, pero también en Egipto con Al-Sisi. Hay cientos de ejemplos.

Por lo tanto, nos dirigimos sobre todo al proletariado, aunque durante mucho tiempo no nos escuchan, porque es la única clase que puede volver a reconocerse un día como la única capaz de enfrentarse al poder burgués para destruirlo; la única que -aunque no lo sepa mientras lucha por sí misma- tiene una tarea histórica revolucionaria que sólo descubrirá cuando su lucha por la defensa en el terreno inmediato alcance un nivel político general, se convertirá en una **lucha de clases** que incluso su principal enemigo -la gran burguesía- reconocerá arremetiendo contra ella con todo tipo de ataques (económicos, políticos, militares, religiosos, culturales). Los proletarios, de votantes a conquistar, se convertirán, para la burguesía, en los enemigos más peligrosos a aplastar por cualquier medio. Y los proletarios tendrán necesariamente que prepararse, formarse, para sostener conflictos y luchas que están destinados a convertirse tarde o temprano en una guerra de clases, una guerra para la que la burguesía siempre se ha preparado y en la que utiliza todos los medios a su alcance, legales e ilegales, pacíficos y violentos, democráticos y reaccionarios, y en la que lanzará contra

los proletarios no sólo a su policía y ejército, sino también a las filas del pequeño burgués y del lumpenproletariado, incluidos los gánsteres, que serán comprados a bajo precio poniéndose a su servicio para el trabajo más sucio.

Ciertamente, hacia las capas pequeñoburguesas y subproletarias el proletariado tendrá una actitud contradictoria: a largo plazo, y particularmente en el período en que maduren las condiciones de la lucha revolucionaria, estas capas son congénitamente antiproletarias, por lo que son fácilmente maniobrables por la burguesía; por lo tanto, son capas sociales enemigas del proletariado. Pero también son los estratos sociales que se ven afectados sin contemplaciones por los efectos de las crisis económicas y financieras capitalistas y por los gobiernos burgueses que, con medidas de fuerte austeridad, tratan de salir de la crisis. Es esta condición de estar sujetos a la ruina económica y sufrir los golpes de la austeridad y la maquinaria burocrática del gobierno la que puede hacerlos permeables, ciertamente sólo en parte, a la propaganda proletaria y comunista.

En el choque entre el proletariado y la burguesía, tenemos todo el interés -argumentaban Lenin y Bordiga- en hacer que al menos las clases medias sean neutrales, o al menos una capa sustancial de ellas, y esto se puede lograr no prometiéndoles el reposicionamiento en la situación privilegiada anterior (lo que ciertamente no hará el poder proletario), sino prometiéndoles la más dura lucha contra sus enemigos inmediatos, los propietarios, los usureros y los bancos, los terratenientes, la mastodóntica máquina burocrática y fiscal especialmente creada por el poder burgués para defender mejor sus intereses a expensas de toda la población, por lo tanto también a expensas de ellos mismos. Y esto se aplica tanto a la población urbana como a la rural; de hecho, se aplica más a los agricultores pobres, en cierto sentido, porque su trabajo, en términos de producción de alimentos y, por lo tanto, el suministro de alimentos de las ciudades, es objetivamente vital, especialmente en tiempos de crisis y en tiempos de guerra. La contradicción en la actitud que el proletariado debe adoptar con respecto a estas capas sociales no debe ser ocultada por los comunistas; debe ser declarada abiertamente, y será el curso de la lucha de clase y revolucionaria el que les haga reconocer la conveniencia de permanecer neutrales en la guerra de clases entre la burguesía y el proletariado, más aún la de ponerse al servicio del proletariado revolucionario.

En esta compleja perspectiva histórica, el proletariado tendrá que recuperar la fuerza para luchar por sí mismo como clase oprimida y explotada por la burguesía dominante, mientras que las clases medias y medias bajas también vivirán de su opresión y explotación y seguirán oscilando históricamente entre la burguesía y el proletariado, tendiendo a polarizarse hacia la burguesía en todos los períodos - como el actual - en los que aparece fuerte e invencible, y hacia el proletariado en el período en que la lucha proletaria clasista y revolucionaria sacude el poder político burgués desde sus cimientos. Si el principal enemigo histórico del proletariado es la clase burguesa, durante largos períodos es también enemigo de la clase media, la pequeña burguesía, porque su base material viene dada por el modo de producción capitalista, aunque con efectos muy contradictorios ya que su desarrollo tiende a marginarla si no a hacerla desaparecer, al menos como peso económico y social.

Pero las medias clases pequeñoburguesas tienen un papel indispensable en el mantenimiento de la paz social, funcionando como un vínculo político entre el proletariado y la burguesía, vínculo que se traduce en un interclasismo en el que se confunden con las masas proletarias en un único paisaje social al servicio de la preservación social, con la esperanza de restablecer la situación en la que la pequeña industria y el pequeño comercio vuelven a desempeñar un papel de peso, si no decisivo como en los albores de la sociedad capitalista, en la economía nacional.

Más allá de un ilusorio retorno a la historia, el papel político del interclasismo sigue siendo, sin embargo, la base de la colaboración entre las clases, la base del oportunismo más reaccionario contra el cual el proletariado, para no sofocar cada anhelo de redención, debe luchar con todas sus fuerzas porque sin la drástica ruptura con el interclasismo y el colaboracionismo no habrá nunca una reorganización de la clase proletaria y no habrá nunca una emancipación del proletariado del yugo esclavizante burgués.

NOTAS

(1) Cf. sobre el hilo del tiempo titulado *Inflación del Estado*, publicado en «Batalla comunista», N° 38, 5-12 de octubre de 1949; también presente en el sitio www.pcint.org, en la sección Textos y tesis fundamentales, Hilos de la época (1949-1955).

(2) Cf. Lenin, *Estado y revolución*, 1917, cap. II, par.2, Editori Riuniti, Le idee, Roma 1981, pg. 92.

En Nissan 3.000 despidos

(viene de la pág. 20)

¿Qué hacen los sindicatos como CC.OO. UGT, USO, etc.? Dejan a estos proletarios en la calle, como lo ha hecho la empresa. Durante años les exigieron responsabilidad, disciplina, arrimar el hombro para que la empresa fuese rentable... Y ahora que no lo es, no queda margen de maniobra para luchar.

Como muestra de esta política anti obrera, vemos cómo los sindicatos de Renault se congratulan de que las fábricas de esta empresa en España sean rentables... Mientras el conjunto de la patronal del automóvil se prepara para una ofensiva contra los proletarios a los que emplea, CC.OO. y UGT afirman en sus comunicados que su buena práctica sindical hace rentable el modelo empresarial de Renault en España. Exaltan el particularismo, el egoísmo, cualquier rasgo mezquino como la idea de que mientras les toca a los trabajadores de Nissan no les toca a los de Renault.

Pero para los proletarios esta política es sólo pan para hoy y hambre para mañana. Las leyes económicas de un sistema basado únicamente en el beneficio imponen a toda la burguesía sus exigencias y esta se las traslada a los proletarios antes o después: rebajas salariales, despidos, etc. Si los proletarios renuncian a la lucha incluso por exigencias mínimas, se atan de pies y manos ante la patronal.

A la clase proletaria debe importarle poco si una empresa es rentable o no, si es económicamente viable o no. Mientras Nissan estuvo en Barcelona recibió constantemente ayudas públicas, el Estado le subvencionaba parte de la producción para volverla eficiente, por no hablar de los planes de estímulo del consumo como el *Prever*, con el que se paga directamente a los fabricantes una parte del coste de producción de cada coche. Esto significa que la burguesía puede pagar, puede ceder... lo hace diariamente para mantener la producción, para incrementar el beneficio. La lucha de los proletarios, por ello, la puede doblegar, pero sólo si la lucha es conducida con medios y métodos clasistas, que tiendan a la unificación de los proletarios de todos los sectores sobre el terreno de la defensa exclusiva de los intereses proletarios.

Cuando se rebajan los salarios, se aumentan los ritmos de producción, se despide... la burguesía siempre pone como excusa la rentabilidad, la eficiencia. Pero lo cierto es que esas no son leyes grabadas a fuego. Los burgueses pueden ser derrotados... **si se lucha**. Si se defienden los intereses proletarios

por encima de toda otra consideración, si se asumen los medios y métodos de la lucha de clase, si se extiende la solidaridad por encima de los límites de la fábrica, la ciudad o el país. E incluso cuando una empresa cierra, cuando, como es el caso, la crisis la vuelve incompetente desde un punto de vista económico, es la propia burguesía, su Estado capitalista, los que deben hacerse cargo de la supervivencia de los proletarios. El Estado burgués siempre está dispuesto a defender los intereses de los capitalistas y sus beneficios, y los defiende a costa del proletariado. El proletariado no puede y no podrá obtener nunca del Estado una defensa real de las condiciones de su propia existencia porque los intereses burgueses que defiende y de los cuales es expresión son totalmente antagónicos a los del proletariado. Es por ello que los proletarios, tal y como son obligados a trabajar para obtener un salario con el que vivir, son obligados a luchar por un salario de desocupación cuando las empresas los despiden dejándolos en la calle. La lucha de los proletarios, si se lleva a cabo sobre el terreno de clase, no depende y no dependerá nunca de cuánto dinero haya acumulado la empresa que les despide a lo largo de los años o de si es obligada a permanecer funcionando por parte del Estado. A los proletarios no debe interesarles entrar en los meandros de la contabilidad burguesa, porque esta responde a criterios de rédito y beneficio capitalista, y es a estos criterios a lo que responden también las organizaciones sindicales y políticas de la colaboración entre clases. Capitalistas y colaboracionistas son enemigos del proletariado tanto como lo es la contabilidad burguesa. El interés de clase del proletariado se opone frontalmente a cualquier interés directamente burgués y de conservación social; para defender los intereses proletarios también sobre el terreno inmediato, como luchar contra los aumentos de los ritmos de trabajo, por la disminución drástica de la jornada laboral, contra los despidos y por el salario de desocupación, los obreros deben romper el pacto de solidaridad con la patronal y el Estado que los sindicatos colaboracionistas han impuesto, en Nissan, en Renault y en cualquier otra empresa.

Los efectos de la crisis, que volverán, con el hambre, la desocupación y la miseria, se pueden mitigar sólo a través de una lucha real y cotidiana de la clase proletaria, por encima de la división de sectores, categorías, géneros, edad, nacionalidad y territorio; una lucha que reconozca en la patronal y en el Estado que la defiende al enemigo de clase, contra el cual organizar sus propias fuerzas, de manera absolutamente independien-

te y fuera de cualquier colaboración interclasista.

¡Luchar contra los despidos y contra las imposiciones de la empresa significa luchar por el salario, significa luchar por la unidad obrera contra la patronal y contra los sindicatos colaboracionistas!

¡Por la reorganización independiente sobre el terreno sindical, por la extensión de la lucha a todos las empresas del grupo Nissan-Renault-Mitsubishi con la perspectiva de ampliarla a todo el sector del automóvil!

¡Por la reducción drástica de la jornada de trabajo. Por la disminución de los ritmos de trabajo!

¡O salario laboral, o salario de desocupación!

30/05/2020

Partido Comunista Internacional (El Proletario)

REPRODUCCIÓN LIBRE

No reivindicando ninguna «propiedad intelectual» ni teniendo tampoco ningún «derecho de autor» que defender ni mucho menos una «propiedad comercial» que hacer valer, los textos y artículos que originariamente aparecen en la prensa y el sitio del partido pueden ser libremente reproducidos, tanto en papel como en formato electrónico, con la condición de que no se altere el texto y se especifique la fuente -periódico, revista, suplemento, opúsculo, libro o sitio web (<http://www.pcint.org>)- de donde ha sido tomado.

Puntos de contacto

Madrid: para contactar, escribir a la dirección del periódico o al correo electrónico.

Valladolid: Segundos viernes de mes, de 19:30 a 21:00, en el local de la Biblioteca Subversiva Antorchas (C/ Pingüino, 11, barrio de Pajarillos, Valladolid).

Correspondencia :

Para España: Apdo. Correos 27023, 28080 Madrid

Para Italia : Il Comunista, CP 10835, 20110 Milano

Para Francia : Programme, BP 57428, 69347 Lyon Cedex 07

Para Suiza: La dirección está siendo modificada. Para contactar, escribid a la dirección de Lyon.

En Nissan 3.000 despidos directos y otros 13.000 indirectos LO QUE NO CIERRA HOY, LO HARÁ MAÑANA

El pasado jueves 28, la empresa Nissan anunció finalmente que cerrará su planta de Barcelona. Después de varios meses de rumores, llamamientos a la calma por parte del gobierno y una huelga de los trabajadores de más de veinte días, la empresa, que tenía su principal fábrica en España en la Zona Franca de Barcelona, ha hecho saber que su decisión es inapelable.

Como consecuencia de este cierre los tres mil trabajadores de la planta serán despedidos y los casi trece mil de las industrias auxiliares que fabricaban componentes para la multinacional seguirán en breve el mismo camino. La empresa, que llevaba en España desde los años '80, toma parte con estos despidos en el plan de reestructuración de la alianza Renault-Nissan-Mitsubishi. Este plan prevé reorganizar la producción de automóviles en diferentes zonas del mundo atendiendo a criterios de ventas: allí donde cada empresa es más fuerte se producirá cada tipo de vehículo (Nissan en Asia y América del Norte, Renault en Europa y América del Sur, Mitsubishi en el Sudeste asiático). En este reparto, los primeros perdedores han sido los trabajadores de Nissan y de sus empresas auxiliares en España, pero habrá muchos más.

El plan de reorganización de la producción que el grupo Nissan-Renault ha puesto en marcha es su respuesta a la crisis del sector automovilístico. Esta crisis, si bien se viene gestando desde 2016 (año desde el cual las ventas de coches están prácticamente estancadas), se ha agudizado en el último año en paralelo a la crisis de beneficios que el conjunto del sector del metal sufre, especialmente en Europa pero también en China y Estados Unidos, y que sólo la crisis económica y social causada por la pandemia del coronavirus ha conseguido ocultar. Porque no es sólo Nissan la que cierra: este mismo jueves la prensa informaba de que la multinacional Alcoa, que se dedica a la producción armamentística y que en España tiene su fábrica de aluminio primario, cerrará también, dejando en la calle a mil trabajadores, entre personal directamente contratado o dependiente de una manera u otra. Y a principios de este mes Arcerol Mittal anunció un ERTE (¡hasta diciembre! Mucho más de lo estipulado por la legislación laboral impuesta durante el Estado de Alarma) para 8.000 trabajadores. La crisis capitalista recae siempre sobre las espaldas de los proletarios y cuando estalla barre todo a su paso.

Siguiendo con el sector del automóvil, la propia Renault ya ha anunciado que también desarrollará el plan de relocalización de la producción y que le añadirá, además, un recorte de costes en producción al que ha llamado *Self-Help*. Este recorte consiste en fomentar la automatización en lo referente a ingeniería, incrementar la producción por trabajador, pasando de 80 vehículos por operario a 91 en dos años y, finalmente, reducir la plantilla total en aproximadamente 15.000 trabajadores en todo el mundo. Renault sigue, por tanto, la misma tónica que Nissan durante los últimos años: suprimir a todo trabajador que no sea estrictamente necesario e incrementar la presión sobre aquellos que no sean despedidos aumentando los ritmos de trabajo.

La realidad es que en toda la industria se vive una situación similar. No hay casos particulares: aquellas empresas que cierran hoy y despiden a todos sus trabajadores marcan la pauta para las que lo harán mañana. La crisis económica está causada por un exceso de producción de bienes de equipo que el mercado no consigue absorber y es agudizada por la rivalidad entre las potencias imperialistas que luchan entre sí, por dar a sus empresas una cuota mayor dentro de un mercado exhausto. A esta crisis, las empresas sólo pueden responder aligerando carga, reduciendo costes, especialmente de mano de obra, con el objetivo de mantener su beneficio en los límites de lo que consideran rentable.

El plan de Renault-Nissan es un ejemplo clarísimo: primero la fábrica de Barcelona, que era un objetivo de la multinacional desde hace meses, luego el plan de reestructuración de Renault, que intentarán hacer pasar por bueno una vez se haya disciplinado a los trabajadores de las fábricas con el miedo a los despidos. Con ello, estas empresas hacen de vanguardia de la clase burguesa: ellas son las que controlan a buena parte de la mano de obra en regiones como Barcelona o Valladolid. Imponiendo sus medidas a los trabajadores, ayudan a que el resto de empresas pueda imponer las suyas con más facilidad. «Reestructurando» por partes, evitan que un posible movimiento de solidaridad obrera se extienda, parcelan cada territorio, con el fin de evitar a toda costa la unificación de las luchas obreras. Rompiendo la energía clasista de los trabajadores de la Nissan y su potencial influencia sobre la clase proletaria en el área de Barcelona, esperan poder derrotar más

fácilmente al resto de proletarios.

Frente a esta situación, la respuesta que están dando tanto los grandes sindicatos de la automoción como los diferentes partidos políticos que se llaman *obreros* consiste únicamente en aceptar la derrota o en absurdas proclamas aparentemente radicales pero impotentes. Durante los meses previos al cierre de Nissan, tanto CC.OO. como UGT lanzaron una única consigna: la planta de Barcelona es rentable y el gobierno debe dar facilidades a la empresa para que la mantenga abierta. La estrategia de estas organizaciones colaboracionistas, políticas y sindicales, consiste básicamente en exigir a las burguesías local y nacional que hagan un esfuerzo en forma de ayudas públicas, facilidades fiscales, etc. por mantener la producción. Es una estrategia, centrada en defender el puesto de trabajo a toda costa, aceptando mermas en todo lo demás, tragando con despidos en las categorías inferiores, con ERTEs, etc. que tiene tras de sí una larga historia de derrotas.

Desde la reconversión industrial, cuando se exigía «viabilidad económica» para regiones enteras que quedaron devastadas por los cierres de las grandes empresas del metal, la minería, etc. las organizaciones sindicales colaboracionistas han impuesto a los proletarios todo tipo de sacrificios para que se mantengan abiertas las fábricas... hasta que llega el sacrificio final y se despide. Dinero público, subvenciones y ayudas de todo tipo, horas extras, rebajas salariales, despidos... todo para mantener la industria local viva, para asegurar el puesto de trabajo... Como si los proletarios se alimentasen con el puesto de trabajo, como si la industria local pagase las hipotecas. En la sociedad capitalista, los proletarios, en el sector del automóvil, en la hostelería, en el campo o en cualquier otro sector, viven del salario que ganan sólo si su fuerza de trabajo es comprada por los empresarios. Es el salario, junto con las condiciones de trabajo que lo acompañan, el que debe ser defendido siempre e intransigentemente: un salario, haya o no trabajo.

Los proletarios de Nissan llevan meses defendiendo que no se cierre la fábrica. Ahora está a punto de cerrar.

(*sigue en pág. 19*)

Visita el sitio del Partido
www.pcint.org